Crítica Magazine

AÑO II — BUENOS AIRES, Lunes 21 de Febrero de 1927 — N.o 15

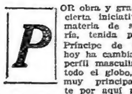


EL COMANDANTE DE PINEDO, LA FIGURA MAS DESTACADA DE LA SEMANA

(Dib. de BRAVO)

TEMAS INTRASCENDENTES

LOS PANTALONES OXFORD, SU DESENVOLVIMIENTO, ORIGEN Y CALAMITOSO EFECTO EN TODO EL MUNDO



POR obra y gracia de cierta iniciativa en materia de sastrería, tenida por el Príncipe de Gales, hoy ha cambiado el perfil masculino en todo el globo, pero muy principalmente por aquí por el trópico donde todo se lleva hasta la exageración y aún más allá si es posible.

La iniciativa, la innovación, está en el ánimo de todos los que revisan estas líneas: sobre todo después de haber mirado los dibujos que las grafican...

Pues resulta que a Su Alteza Real e Imperial se le ocurre cierto día inventar un traje que le permita acudir a sus deberes, en Oxford, y, al mismo tiempo, embarcarse en su pequeño "voiture" y correr al campo de "golf" más cercano. Piensa que es harto molesto estar cambiando de traje y abandonando el cómodo de labor para endilgarse el más cómodo de jugar al "golf"; piensa que le "iría" muy bien una levita corta, cortísima, que no le impidiera echarse hacia delante en tanto su pequeño automóvil vuela por las hermosas carreteras inglesas y escocesas; recuerda que nada más molesto que manejar el auto con unos pantalones de los conocidos por "ingleses", por su rectitud característica: chisme que cae a plomo y si no se ciñe por lo menos abraza la caña del pie y allí termina correctamente — como todo lo británico—comprende que a su carácter de heredero del Rey Jorge, Quinto de la Gran Bretaña, Escocia e Irlanda, Emperador de la India, y Protector de la Fe, no puede caerle bien un traje del "sport" expresado apenas acaba de abandonar el campo correspondiente e inicia el regreso a sus lares, y determina "crear" de golpe y porrazo "algo" que sea cómodo y correcto al propio tiempo, que sirva para manejar automóviles sin que el vuelo del saco se trabe en la espalda ni molesten las piernas los pantalones harto estrechos y para lanzarse a saludar a dos damas sin el pequeño enojo de brindar sus pantorrillas cubiertas de densas medias a cuadros bajo calzones bombachas, y da vida al "oxford": ese tipo de traje que a estas horas todos los hombres, principalmente en las Antillas, que no tienen perfecta noción de la elegancia y lo "comme il faut", usan con lamentable frecuencia ya sea la hora que sea.

De raza—

Si el lector es hombre dado a las revistas viejas y sobre todo a los libros llenos de curiosas naderías, sabrá que la famosa raya en la parte delantera de los pantalones fué originada por su abuelo—el del Príncipe de Gales, no del lector—. Esto es muy curioso, pero lo más curioso fué que todo se debió a una casualidad...

Iba el que después, a la muerte de la reina Victoria, hubo de ser coronado: Eduardo todavía no Séptimo, en un "break" hacia Longchamps, a las carreras de caballos, cuando de una manera absolutamente imprevista por parte de la adorable criatura autora del desaguisado su vecina de coche le lanzó determinada cantidad de líquido sobre las piernas. Urgencias de un cambio inmediato y detención del "break" en un bazar de ropa hecha de París. Allí Eduardo, con esa bonhomía que le era peculiar y que le otorgaba un sello de extraordinaria simpatía, con el mejor humor del mundo, se hizo bajar un pantalón y tornó con él a su carruaje sin tener en cuenta los aspavientos del comerciante, que le advertía el hecho de que se hallaba planchado precisamente a la inversa de lo que entonces se usaba, o sea con la raya al centro... Mas Eduardo no se aturrulló por pequeñez tal, dió las gracias al mercader y se alejó al galope del buen tronco del "break". Llegaba al hipódromo y expectación general: ¡Su Alteza Real llevaba la raya al frente! No hemos de dilatar la cosa: veinticuatro horas después todo París había hecho replanchar los pantalones y a las seis horas Londres, también, daba un cambio de frente, sustituyendo los calzones de enorme apariencia por su parte anterior, merced al patrón modístico de entonces, por el pantalón conforme al uso moderno, es decir, cayendo a plomo sobre la cintura hasta la caña del zapato...

Es cuestión de herencia, pues, Jorge sigue las normas de su abuelo.

Todo se altera, se exagera, se torna grotesco—

Pero todo se altera, se exagera se torna grotesco. Y la creación postrera del actual Príncipe de Gales, ha convertido al mundo, pero, repetimos, muy principalmente a la América Central, que en eso de seguir normas ajenas es realmente "una fiera", en algo ridículo, tanto que, cuando al atardecer nos pasamos por Galiano y San Rafael, por ejemplo, nos parece haber entrado en un circo ecuestre, en el momento que los lentos y simpáticos elegantes comienzan a desperezarse para iniciar su acto en la carpa.

La misma gravedad paciente e inofensiva; iguales movimientos de remos acordados y cuidadosos no habéis observado que el elefante pisa con cierto temor, como si poseyera media docena de suntuosos callos?), semejante afán por extender su corpachón sin lograrlo...

Son nuestros "elegantes", que conversan al salir de la oficina o del baño—a estos últimos los reconoceréis desde el primer instante por el abuso que realizan del "poudré de riz" — y que se detienen allí o hacen como que se detienen para ver discurrir a las "niñas", que, precisamente más desprovistas de ropa que nunca, como si se hubieran propuesto ahorrar tela en tanto que sus adoradores la prodigan, parece qúe entonan una loa ligera y amable a las piernas descubiertas y a sus aledaños, tanto más dignos del entusiamo masculino cuanto que solo con un poco de perspicacia y otro poco de imaginación pueden suponerse.

En tanto "ellas" llegan a Galiano y, dando la vuelta gentilmente, pasan a San Rafael—sus tacones giran sobre sí mismo en un paso que más parece de baile que de marcha—, "ellos" dialogan sustanciosamente, con los sombreros alones, de paño, echados sobre los ojos cargados de deseo; con la inconmensurable boquilla cogida cuidadosamente entre los dientes, que han menester para fijar en sus bocas el luengo adminículo de clavar sañudamente en la pobre pasta—símil marfil!—, y con los pies perdidos graciosamente bajo yardas de material de costura, de casimir o de paño simple, de muletón, de blanquísima franela...

Completando la silueta

Y lo más curioso de todo ésto es que no sólo los pantalones han sido los sacrificado con la nueva moda: también los sacos, pero de modo tan absurdo—en apariencia, ya hemos dicho al comienzo de esta información el motivo de particulares tan contradictorios—que mientras el pantalón semeja crecer a cada paso de su propietario el saco decrece, o sea empequeñece.

Ceñido a las caderas del que lo viste, amplio de hombros, recto de talle, largo de solapas, otorga al que conduce este "suit" bizarro una rarísima silueta. Que no es nada corriente observar que un hombre deja al descubierto la parte posterior de su anatomía y los bolsillos laterales, en tanto que cubre brutalmente, con metros y metros de tela, sus pies como si se hubiera empeñado, tras hilarante apuesta, en no caminar por imposición de los trebejos de vestir...

Claro es que se necesita una sangre fría y un dominio de sí mismo para endilgarse un traje de tal categoría verdaderamente ostentoso. Pero nuestros "elegantes", dan bravamente el pecho a las consecuencias de su gesto y marchan por calles y avenidas con entusiasmos dignos de mejor causa. A veces tal cual tropezón los obliga a moderar la marcha y seguir el método del proboscideo con que lo comparábamos ha poco, si no el más ligero sí, por lo menos, el más práctico, pero ellos lo dan todo por bien servido y siguen mostrando a la muchachada bien oliente sus sombreros grandos, sus boquillas incomensurables, us pantalones que van rimando una cadencia lúgubre sobre los tacones de los zapatos, su parva chaquetilla que se encoge sobre el lugar que los franceses, con certera noción del eufemismo, denominan "la caída de los riñones", y sus solapas largas, interminables... Y su placer llega al zénit cuando pasan junto a las vidrieras de un establecimiento y pueden verse en sus espejos: robustos—por abajo—, recogidos sobre sí mismos como hombres que hubiesen comenzado a fundirse en plena calle, por arte de birlibirloque: con la cabecita que cierran los paréntesis del pie de barba valentinesco, y la boquilla adelantándose a ellos cincuenta centímetros.

Son los portadores de "oxfords", que pasan!

COSAS DEL MUNDO

La corbata del diputado

En un diario de París hemos leído esta historieta que no deja de tener gracia.

En la Cámara iba a discutirse el presupuesto de guerra.

Un fogoso diputado, que tenía pedida la palabra y había de hablar al comienzo de la sesión llega al Palacio de Borbón cuando ya la sesión ha empezado y entra con tal prisa, que tropieza y está a punto de derribar al ujier que se halla a la puerta del salón de sesiones.

—Perdón amigo mío — le dice.

El ujier sonríe, y, fijándose en el diputado, le advierte:

—Señor, ha perdido usted la corbata o se ha olvidado de ponérsela.

El diputado cambia de color, se precipita hacia un espejo, comprueba el hecho, y, volviéndose al ujier, le suplica:

—¡Búsqueme usted una corbata, cueste lo que cueste! ¡Tengo que hablar dentro de diez minutos! ¡Qué ridículo si me presento en la tribuna de este modo!...

De repente mira su paraguas nuevo enfundado en una cubierta de seda, y exclama:

—No, no se moleste usted... ¡He encontrado!...

Quita la funda del paraguas, la despunta en los dos extremos, se la anuda al cuello y corre a la tribuna.

Y mientras nuestro hombre pronuncia un violento discurso, elocuente, como todos los suyos, uno de los "snobs" de la Cámara, dice al colega que se sienta a su lado:

—¡Daría con mucho gusto 100 francos por saber en dónde ese animal, siempre tan mal vestido ha comprado esa preciosa corbata!

* * *

Unos rateros robaron a un marqués en la calle quitándole hasta la levita.

Luego le dijeron muy atentos: "Tenga usía muy buenas noches".

A lo que contestó el robado:

"¿Por qué no me quitan ustedes también el usía, que me sobra en la figura en que me han dejado?"

Banquete de 160 platos

En Gargantúa y Pantagruel, nos cuenta Rabelais que el padre de Gargantúa dió un banquete monstruo para celebrar el regreso de su hijo.

Diez y seis bueyes, tres vacas, treinta y dos terneras, setenta y tres cabras, noventa y nueve corderos, trescientos lechoncillos, doscientas veinte perdices, seis mil gallinas y setenta y dos faisanes, guisados de diferentes maneras, constituyeron aquella comilona.

En otros tiempos se han dado banquetes que se aproximaban mucho al mencionado menú.

En el banquete que dió París en el 1640 a la reina Catalina de Médicis, se sirvieron treinta pavos reales, treinta y tres faisanes, seis cerdos, veintiún cisnes, treinta y tres liebres, sesenta y seis gallos, otros tantos conejos, treinta cabras, sesenta y seis capones, noventa y nueve pollos, noventa y nueve codornices, veinte libras de espárragos, ciento ochenta de guisantes, etc., etc.

El siglo XVI parece que ha sido el más glotón de la historia, porque en aquel período se registran numerosos banquetes por el estilo de los anteriores.

Luis XIV de Francia era muy aficionado a las comidas enormes. Comía normalmente ocho platos; pero en una comida de las muchas que dió se sirvieron 160 distintos.

Lo que ha imitado un yanqui, en su hogar de la aristocrática Florida, con los efectos que son de imaginarse.

El autor del atentado se llama Mr. John Hirse; es millonario y "snob".

EL MISTERIO DEL POZO AMARGO

I

No hay calle ni rincón más sugeridor en la vieja Toledo que la bajada del Pozo Amargo. Arrancando de la plaza de la Catedral, por el lado sur, llega en rápida y tortuosa pendiente hasta las orillas del Tajo, recogiendo misteriosamente el ruidoso lamento del río por aquellos medrosos lugares, cuyos ecos se pierden en las noches claras de luna como las sombras finísimas en los recodos de la calle.

Allá abajo, en las orillas del Tajo, por aquellos barrios, a nadie o a casi nadie se ve vagar, si no es algún que otro mendigo caminante que busca piadoso cobijo en alguna cueva donde esconder las limosnas recogidas en las suntuosas moradas que allá, a lo lejos, pregonan aun la estirpe y prosapia de los antiguos cigarrales toledanos.



En las mañanas de sol ardorosas parecen estas casitas de la calle del Pozo Amargo deshabitadas. Sólo al anochecer, por alguna de aquellas ventanas o balconcitos pintados de verde se ven a las jovencitas toledanas haciendo labor, y, escotadas y con los labios entreabiertos, aspirando con delicia las ráfagas del aire sur, que refrescan en la orilla los abedules del río.

Conozco bien aquella mitad de la calle, en donde ésta se ensancha irregularmente, formando una plazoleta, en uno de cuyos rincones hay un portal con su zaguán estilo castellano. En esta casa he pasado algunas noches de estío, asomado, entre tiestos de geráneos, alelíes y nicaraguas, a aquel diminuto balconcillo de verdes maderas. Siempre mi mirada no sé por qué misteriosa atracción, estaba fija en un ancho brocal de pozo cubierto con una tapa de madera verde, que ocupaba el centro de aquel ensancho irregular de la bajada del Pozo Amargo. Hasta fines del pasado siglo estuvo pozo y brocal allá en medio. Por el año mil ochocientos ochenta y tantos desapareció el brocal de piedra, siendo sustituído por una chapa de hierro.

Aquél, efectivamente, era el pozo de amargas aguas que había dado nombre a la deliciosa y legendaria calleja que desembocaba en el Tajo. La bajada del Pozo Amargo, en otros tiempos de esplendor para la vieja ciudad imperial, era en su mayor parte un delicioso parque polisecular que sucesivamente ocuparon magnates, moros, judíos y de la grandeza histórica castellana. Quizás de entre los siglos XVII y XVIII se levantó en aquellos lugares una leyenda medrosa de aparecidos y fantasmas que viniendo a boca de noche de las sombras espesas y ruidos lamentosos del río, rodeaban aquel brocal de piedra con tapa verde, que surgía como una luz siniestra de entre las ruinas de los palacios de aquellos sitios. Cuando ya la calle, en tiempos más recientes —finales del XVIII— se formó completa, y aun durante la pasada centuria, todavía las viejecitas devotas, al pasar la plazoleta del pozo, se santiguaban con prisa y aceleraban el paso de aquel lugar casi maldito. Aun en los tiempos en que lo conocí, vimos todos estos signos de temor en las viejecillas toledanas, como restos vivos de la leyenda amorosa del Pozo Amargo.

Y fué en una de aquellas claras y azules noches de verano, sentados al fresco en aquel balconcillo, y entre el lejano rumor del río, cuando me contó mi desventurada amiga Clara de Gonzaga aquella leyenda, triste como el alma de aquel ángel de candor que me hacía el relato.

Pasaba esta gloriosa ciudad por los tiempos de la calamitosa esclavitud cristiana del siglo X, mucho antes de ser liberada por Alfonso VI.

Los grandes magnates de Toledo no eran entonces cristianos. Eran o moros o judíos, y uno de éstos, de los más ricos y sabios de su raza, poseía y moraba aquí, sobre esta bajada al Tajo, en un palacio y un jardín maravillosos. Nada faltaba en el posesión espléndida del viejo rabino toledano Rubén ben Samuel, que vivía, aunque muy retirado del trato de los que no fueran israelitas, en medio del lujo más oriental y principesco; tales eran las riquezas que atesoraba. Gran parte de su oro provenía del préstamo a los nobles guerreros del contorno. Era duro y áspero con todos, y cruel y sordo a toda lamentación sentimental.

Solo y aislado, todo era frío en aquella dorada mansión, solamente iluminada por los destellos vivos y blancos de la hija de aquel judío. Ester, chiquilla lindísima de diez y siete años, tenía en el misterio de sus ojos negros todas las gracias de las lejanas leyendas de Oriente, y en su cuerpo mórbido, modelado al vivo por las gasas y tules de sus riquísimos vestidos, encarnaba la más prodigiosa estatua.

Aquella belleza vernal era como la flor reina del jardín toledano. Al llegar a la edad gloriosa Ester, poco o ningún caso hacía del austero vivir de su padre el rabino. Todo el fanatismo de éste se volvió en su vástago encantador en ocios de paganía. Educada sin madre, la linda hebrea vivía al aire libre todo el día en el parque jugando con sus perros y sus corzos favoritos, cogiendo flores o tumbada entre los macizos, bebiendo el chorro de oro y fuego del cielo y la luz toledanos.

Tan suspensa y distraída andaba el alma de la escultural Ester, que al morir de aquellos crepúsculos toledanos la voz misteriosa y lejana del almuédano, que cantaba en los alminares, no le producía sino un perezoso bostezo.

Generalmente, al caer de las tardes apacibles, solía la linda israelita merendar y jugar con una de sus esclavas en un pabelloncito situado como un baluarte y pegado a las tapias del parque espléndido, y las ventanas con calada celosía de mármol, que tenía este pabellón, caían a una calleja poco frecuentada.

En una de las tardes frescas y apacibles de fin de mayo, Ester, más alegre que de costumbre, vagaba por el parque, entretenida con sus esclavas en juguetcos que cambiaban a cada instante. Cuando en uno de estos recreos hallábase la hermosa hebrea con una esclava oriental de su edad misma, en un remanso del jardín, pegado a las tapias que daban a la calleja, extramuros de la ciudad, oyeron repentinamente un griterío ensordecedor que coreaba a un moro que daba grandes alaridos, como si le estuviesen matando.

Ester se asomó a las celosías de mármol del ajimez del pabelloncito, y vió, plena de interés, que el moro que daba tan lastimosos chillidos lo llevaba un joven y gallardo cristiano amarrado fuertemente a su caballo, para entregarlo a los soldados del valí toledano por no se sabe qué felonías y asesinatos que había cometido en una casa de campo propiedad de los hidalgos castellanos, familia de aquel apuesto capitán. Pasó el guerrero y la chusma que iba en su compañía, y la calleja, al caer de la tarde, volvió a sumirse en el silencio perfumado y solemne de aquel día del florido mayo.

Sin saber por qué, Ester, la judía de ojos de fuego y cara de rosa, no quiso moverse de aquella ventana, y sumida en misterioso arrobamiento pasó una hora, cuando al cerrar la noche e iluminado débilmente por las últimas luces azuladas de crepúsculo, allí, en la calleja y frente al ajimez, vió al caballero gallardo de antes, ahora fija su mirada en ella con una insistencia que le hizo bajar la vista un poco sorprendida y ruborosa.

El capitán castellano insistió, pasando varias veces ante las ventanas del pabelloncito, y Ester otras tantas cruzó una mirada con él, plena de mutuos efluvios y misteriosas correspondencias espirituales.

II

Pasaron los días vernales, desesperantes cada vez más para el judío, que veía cómo, poco a poco, el carácter y alegría de su hija muy amada iban transformándose en una acentuada melancolía. Ester comía poco, suspiraba harto y, sin motivo aparente, lo mismo se encendía su rostro hechicero como las rosas de fuego de los jardines de Ispahan, que se volvía blanco como los jazmines andaluces.

Su querida hija sufría, aunque a veces él pudiera jurar sobre el libro sagrado del Talmud que una felicidad supraterrena parecía bañar interiormente aquel ser delicado como una flor de estufa. De estas alternativas resultaba que la hebreíta iba perdiendo las flores de su lindísimo rostro y que de dormir poco y velar largo, de pensar y sentir demasiado, el viejo judío pudo comprender que su hija se marchitaba y por momentos infundía los más serios temores.

En tales pesares, el anciano Rubén no hallaba lenitivo ni en en la lectura y meditación del santo Talmud, libro para ellos quizá más venerado que las propias leyes mosaicas.

Lo que más entristecía al judío era el cambio que en el carácter sufría su hija. Ester no resistía ahora las fijas miradas de su padre sin bajar ruborosa los ojos. Estaba triste, reflexiva, y de día en día casi siempre esquivaba la presencia de todos los de su casa.

No cabía duda al judío que su lindísima hija tenía un gran secreto en su alma y que además era cosa reciente y misteriosa. Estas reflexiones le tenían sobresaltado y sin sosiego, cuando en un día trágico para toda la judería toledana, en que las preocupaciones y cavilosidades de Rubén ben Samuel eran más obscuras y tenaces, muy de mañana recibió la visita de un viejo amigo de la niñez, y, por tanto, que profesaba a Ester una tierna afección casi paternal.

—Mal te veo, pobre amigo mío: cómo se conoce que de esta casa huyó la paz, y Jehová ha suscitado contra tí los efectos de su justicia y de su cólera. Pero aun me has de perdonar si vengo a infligirte un nuevo dolor.

—No importa, mi viejo Salomón. Tú no puedes, digas lo que quieras, más que traer a mi casa la paz. Tu antigua amistad, ahora como nunca, no ha de traerme más que dulzuras y un poco de lenitivo a mis pesadumbres.

—Lo que hoy tengo que decirte, querido amigo, es nuncio quizá de una gran desdicha para ti y para tu hija idolatrada, la tierna e ideal Ester.

—¿Para mi hija? ¿Qué dices, viejo Salomón? ¿Qué sentido encierran tus palabras, siempre llenas de sabiduría? ¿Qué clase de profecías augurás sobre mi pobre hija? Tú que eres padre, y padre amantísimo, dime qué peligros y asechanzas amenazan a Ester o cuáles sus males irremediables.

—Rubén, tu hija, y ya has debido echarlo de ver, no tiene otra enfermedad que el amor, esa pasión que si a ella la trasporta a otros cielos, a ti y a tu casa acarreará grandes desgracias, y quizá, como final, la maldición de Jehová.

Esta repentina revelación causó en el padre de Ester una desolación espantosa, pues rápidamente entrevió que el intruso en el corazón de su hija iba a robarle el más preciado tesoro de su casa, como ya había separado de ella la alegría y la paz.

Poco a poco, y encerrado el judío en su mutismo peculiar, fué modificando, allá en lo interior de su pensamiento y su corazón, la primera amarga impresión de la nueva que Salomón le revelara.

—¡Qué hemos de hacerle! Si el hombre que ha de llevarse a mi hija idolatrada es bueno, sabio y la ama, daré a Jehová los dolores de este sacrificio, como Job sufrió la comezón horrible de su lepra. ¡Es la eterna ley inexorable! — concluyó, rodando las lágrimas en abundancia por su rostro atezado y rugoso.

—No, querido Rubén; no es ese todo lo que aun has de saber. El secreto de tu hija es todavía más tenebroso. La maldición eterna ha caído sobre ella. No tendrás ni aun el consuelo de vivir a su lado sin verla por siempre desgraciada, porque el cielo le niega hasta la dicha de vivir con el padre de tus futuros nietos.

—¡Cómo! ¡Tan cruel, tan miserable e indigno es el amor de mi hija, que yo no puedo terminar mis años al lado de ellos! ¿Quién es el que así me robó a mi Ester?

—¡Un cristiano!, desdichado Rubén.

La tierra, que al abrirse a sus pies le mostrase todo el fuego del Averno, no hubiera aterrorizado más al viejo israelita que aquella revelación de su fraternal amigo, que en él despertaba todo el odio y la vergüenza raciales. Volvió a poco a serenarse, y dijo a su amigo:

—Mi querido camarada y antiguo amigo Salomón: dime todo lo que sepas; no ocultes nada a mi dolor y a mi bochorno. El Dios de Israel me dará fuerzas para oir, y dictará luego mi conducta inexorable. Cuenta, amigo, cuenta..., y no me ahorres vergüenza, por miserable que sea.

—Te diré lo que han observado en tu casa, y que tú, pobre amigo, ignoras. Por las noches, en el silencio augusto de esta parte de la ciudad, y cuando la lámpara de tu estancia ha extinguido el último de sus pálidos resplandores, ese maldito perro

(Continúa en la pág. 14)

BAILES DE OTROS TIEMPOS: LOS LANCEROS



EL parsimonioso baile de los lanceros no sé a punto fijo de que época data. Date de la que date, se me antoja un si es o no es cursi, más bien si es, hasta en la mismísima y lejana fecha de su apogeo. Afortunadamente ha caído en desuso y si todavía tiene algunos adictos, será seguramente en las personas que traspasen los ochenta años y a quienes el Altísimo les dé mucha salud para traspasar otros veinticinco.

Los lanceros, al igual que otros bailes similares, hicieron las delicias de nuestros abuelos, bisabuelos, y "tátaras". De forma que es un baile contemporáneo de "doña Mariquita", la de los celebérrimos chocolates que tanto le gustaron a Larra; por cierto que la citada madama ha vuelto, según anuncia en su moderno establecimiento, cosa que no les ocurrirá a los lanceros ya que estoy seguro que éstos no volverán ni para hacer la instrucción. Si no vuelven, quedémosles reconocidos, porque si he de ser a ustedes "Franco" y "Rada", no me han gustado nunca. Me parecen más apuestos y más vistosos los de la Escolta Real, ya que como dice el proverbio: "Sobre gustos no hay nada linotipado".

Los lanceros, como el curioso lector verá, era el número cinco y, por consiguiente, todo el que lo baila hace el "quinto".

Los cajones era la primera figura de la serie. La pareja número uno se destacaba, cada cual de su fila, uno enfrente de otro, y, dándose un corto paseíto, avanzaba y retrocedía después de dirigirse un ceremonioso saludo; en seguida avanzaban, estrechando sus manos, y volvían a retroceder tan contentos y tan satisfechos. De modo que, como ustedes habrán observado esta figura lo mismo se podría llamar "Los cajones" que: "váyanse ustedes todos a paseo".

La segunda, o sea "Las líneas", constituía un figura que aún no he logrado comprender, y cuidado que hizo horrores un bailarían amigo mío, conocido por el "Piruetas", para enseñármela. ¡pero nada!, confieso que soy una mula de varas.

A las "líneas", como es natural ,seguía la tercera figura o sean los "Molinetes".

Los molinetes de los lanceros eran una cosa más tonta que sumergir un dedo en una jícara de chocolate recién hecho, y succionar después la yema del susodicho, ya que de cien veces, noventa y ocho se saca "mondao" del pocillo. De modo que voy a hacerles a ustedes el favor de no describirlo, ya que aquí de lo único que se trata es de pasar el rato y no dar la infusión china, vulgo te, a los lectores.

No hay de qué, caballeros: lo digo porque supongo que me habrán dado las gracias.

La cuarta figura se denominaba "Las visitas" y consistía en que las parejas uno y dos hacían una visita a las parejas colocadas en su derecha y después a la de su izquierda. Al propio tiempo, las parejas tres y cuatro hacían lo mismo con sus colindantes, y las cuatro y cinco, en punto, lo propio con sus colaterales. De forma que aquella gente se pasaba toda la tarde haciendo visitas: se conoce que no tenían nada que hacer. Si los lanceros se bailaran en estos tiempos no se tardaría en hacer esta figura más de tres o cuatro minutos ya que, como habrán leído ustedes en muchos sitios, "las visitas ,cortas".

Y ahora vamos a entrar en la quinta... En la quinta figura, señores, no colarse.

Esta figura son los propios lanceros o sea el título general de la serie. Cada señora colocaba su mano izquierda en la diestra de su caballero, lo cual ya era un tanto, y de este modo formaban una especie de cadeneta con las demás figuras, hasta que se volvían a encontrar las parejas, amigas o amorosas, que se daban casos. Acto continuo las señoras hacían una travesía, pasando por delante de los caballeros dos o tres veces, y en seguida éstos practicaban con ambas piernas una genuflexión gimnástica poniendo tirantes las dos pantorrillas a modo de las ballestas de un vehículo a la "Grand D'Aumont" y las damiselas volvían, con distinción palatina, a ejecutar una nueva reverencia mientras verificaban una nueva travesía, que no sé cómo no se les ocurrió llamar "La travesía de la ballesta".

Enrique García Alvarez.

NOTICIARIO DEL CINE

La ciencia y el cine

Mr. Breton ha proyectado en la Academia de Ciencia de París varias películas, entre las cuales M. M. Tonssant y Carafoli presentan los movimientos de los fluidos alrededor de los cuerpos sumergidos. Estas curiosísimas películas, cuya impresión fué dificilísima, han interesado vivamente a los académicos. De una gran nitidez, muestran perfectamente las líneas de la corriente, presentando un conjunto de gran interés científico y educativo. El aparato utilizado para filmar las indicadas cintas, es un admirable trabajo de mecánica de precisión.

Notas varias

De nuevo ha tenido que ingresar en un sanatorio de Nueva York la conocida estrella Doris Kennyon, casada hace poco con Milton Sills, ambos celebridades del imperio de las sombras animadas.

Miss Kennyon convalece del fuerte ataque de influenza que hizo aplazar por breves días su boda, y se apoderó nuevamente de ella en pleno viaje de novios.

* * *

Terminado su trabajo en la gran película de asunto español "El gran galeoto" frente al apuesto Ramón Novarro, la bellísima Alice Terry, ha llegado a Nueva York con el propósito de permanecer una semana y salir luego con rumbo a Francia a reunirse con su esposo Rex Ingram.

* * *

En los círculos cinematográficos corre el rumor de que Paolline Starne, la bella estrella de la pantalla, y Donad Freeman, director de una revista, estaban próximos a contraer nupcias, no obstante haberse conocido el pasado viernes.

* * *

Pauline ha salido para el Oeste con el propósito de reanudar su trabajo en una película, observándose que en su dedo anular fulguraba un hermoso solitario, confesión de la gentil artista a una íntima amiga suya.

* * *

Dustin Farnum se ha retirado de la vida activa en la pantalla, por motivos de salud.

Próxima subasta de los muebles de "Rudy"

No hay duda que el sentimiento dejará paso al comercialismo, cuando se celebre la subasta de los efectos personales y muebles del llorado Vaentino, a cual tendrá lugar brevemente. George Ulman, albacea testamentario, dijo: "La ley no nos deja alternativa, obligándonos a sacar a subasta todas las pertenencias de Valentino".

Este procedimiento, según los amigos íntimos del extinto, permitirá al público pujar frente a Pola Negri, para conseguir el retrato al óleo de Valentino, que la gentil Pola había ofrecido comprar.

La mansión de Valentino en las colinas del Sur de Hollywood, es, según cuantas personas la han visitado, un verdadero museo de objetos artísticos.

Riquísimos tapices adornan las paredes. Profundos divanes cubiertos de raros terciopelos bordados se ven por doquier. Dícese que estos divanes pertenecieron a un sultán turco.

Condiciones que se Deben Poseer y Reglas a las que Hay que Ajustarse para Perfeccionarse en el Salto a la Garrocha

1. El estado físico—

PARA llegar a ser un buen garrochero se necesita tener un organismo adecuado, esto es ser elástico, liviano, fuerte, con brazos poderosos y con ellos trabajar velozmente. El ser bajo es un inconveniente. La cintura debe ser lo más desarrollada posible así como las piernas, sin ser pesadas. A las personas que reunen las anteriores condiciones les será más fácil elevar el cuerpo que a las que no las tengan. El garrochero necesita, además, espíritu de iniciativa, coraje y dominio perfecto de sus movimientos. Debe ser enérgico, perseverante, tanto en el entrenamiento como en un campeonato. Y cuando ocurra que en el concurso los demás saltarines franquean la misma altura que él, entonces tendrá que imponer su "clase", esa clase que consiste en desarrollar lanzamientos, los que exigen una acción velocísima de los brazos. Por las mañanas al levantarse habrá que hacer ejercicios de tensión, soltura y respiratorios, como demuestro en el cuadro No. 1.

Para obtener el máximum de rendimiento de la pierna como del pié, es necesario estar bien calzado. Yo antes usaba zapatas con tacos y clavos, pero la experiencia me enseñó que el taco y sus dos clavos estaban de más y que consigo mayor velocidad en el envión, usando zapatos de "sprinter".

2. Ciencia en el entrenamiento es la base--

No está de más recordar a los principiantes de esta prueba, que no deben pretender franquear mayores alturas que las que de momento pueden saltar. Sólo algunas veces se intentará saltar corriendo a toda carrera, para probar la resistencia y habilidad para manejar correctamente la garrocha sin tener que esforzarse por el peso que se lleva. La carrera debe ser suelta y elástica y de un paso decidido. Las demás veces el saltarín se entrenará, franqueando alturas inferiores con el envión de carrera más corto posible; para que de esta manera se exija un trabajo más intenso a los brazos. Con estas precauciones llegará la oportunidad; en la que el competidor durante un concurso podrá correr toda su carrera de envión, la que lo levantará con mucho más brillo y facilidad.

El garrochero debe saber observar perfectamente bien a otros colegas para corregir en sí mismo los defectos que en ellos encuentre. Se debe entrenar diariamente haciendo por lo menos unos veinte saltos sin esforzarse.

Cada garrochero debe tener una buena caña: elástica, liviana, larga y delgada. Recomiendo las que tengan los nudos bien separados, ellas resultan más elásticas Se debe siempre usar la misma caña y acostumbrarse a ella, de lo contrario será imposible adquirir el justo balanceo durante el salto.

Y aun en viajes debe llevarla, pues su buena "cañita", compañera de todos los días de duro entrenamiento le ayudará a triunfar en la prueba; y que satisfacción más grande!

Es difícil saltar a la garrocha, pero lo es mucho más cuando hay que saltar con una garrocha extraña.

3. Cualidades morales del garrochero—

Para ser un verdadero garrochero no hay que dejarse amedrentar por la altura. Hay que tener coraje, pues sino será incapaz de mandar sobre sus músculos como lo desearía. Hay siempre que decirse que lo que se intenta no es solamente posible, sino fácil y seguro. Con esta decisión se franquearán alturas sorprendentes. En el salto a la garrocha, más que en ninguna otra prueba, se necesita el principio "del coraje, más coraje, siempre coraje!" Nunca creer haber alcanzado su máximum.

Cirto es que los consejos son fáciles de dar, pero en esta especialidad ante todo influye "la moral" sobre el físico.

Cuadro Nº 1

más energía y más coraje justamente para triunfar.

Creo decir la verdad al pretender que ninguna prueba en el atletismo exige tanto entrenamiento como la del salto a la garrocha y que ésta reune a la vez fuerza, destreza y acrobacia.

No se llegará a ser buen garrochero ejercitándose exclusivamente en esta clase de salto. Para conseguirlo habrá que preparar primero el cuerpo y eso a costa de ejercicios rítmicos (demostración cuadro No. 1) tanto de fuerza y de velocidad como de resistencia. Así, pues, cuando uno se encuentre en pleno entrenamiento deberá completar sus saltos con carreras de corta distancit y practicar diversos ejercicios de

J. C. Albert

Buenos Aires, Febrero 6|1927.

En el próximo número:
Explicación de las diversas fases del salto perfecto a la garrocha.

El Hombre que Nació Dos Veces

Reencarnación Inverosímil de un Empleado de Comercio

JUAN Pérez, uno de los famosos Pérez de la guía telefónica, entró, con desgano, en su mísero departamento. Después de arrojar el sombrero sobre la mesa, iba ya a despojarse del perramus, cuando sintió un fuerte olor a éter, yodo y otros ingredientes, que zaherían su mucosa en ondas de extraña intensidad. Paseando su aditamento nasal con extrañeza, por los alrededores, localizó el origen de aquellas emanaciones tan poco gratas: la alcoba de su mujer.

Una idea rápida y luminosa atravesó su mente. Con paso resuelto se encaminó hacia aquella habitación, y entreabrió la puerta. Una mujer de rostro severo, vestida de impecable blanco, lo detuvo en el umbral.

—¿Quién es esa mujer?... interrogó con angustia, Juan Pérez.

—Está por dar a luz — respondió, enfáticamente, la enfermera. Sírvase salir.

Cuando la puerta se cerró tras él, con suavidad y energía, Juan Pérez, abrumado, se dejó caer sobre una silla. Pensar que él, bajo la soporífera rutina de la vida burocrática, al volver a casa, tarde, mecánicamente, aturdido y deshecho, no se había percatado de la situación de su mujer! ¡Qué distraído!

Ahora se le venía el mundo encima. Una criatura más, agregada al presupuesto de las cinco existentes: una boca más, nuevos regímenes, juguetes, preocupaciones... En fin... El acabóse...

Y pensar que, mientras yo envejezco — reflexionó Juan Pérez en el abismo de su desesperación — en esta vida incolora, estúpida, el destino se complace en obsequiarme nuevos retoños. ¡Ah! ¡Qué ironía sangrienta! Si al menos pudiera volver, por un instante, a mi dorada juventud, a mi infancia, cuando aun no conocía el casero, los vencimientos, los hijos...

Apenas acababa Juan Pérez de pronunciar para su coleto esas pesimistas elucubraciones, sintió, en su organismo, un prodigioso cambio. Sus pulmones, gastados por el polvo oficinesco, empezaron a funcionar libremente; su sangre a bullir como en tiempos mejores; sintió, en los pies, una irresistible comezón de saltar, brincar, dar pataletas. Su corazón comenzó a latir como cuando jugaba a la rayuela, o espiaba, por las rendijas de una tapia, las peripecias emocionantes de un partido de football. Experimentó una sensación intensa y nueva; se puso pálido; sus pies flaquearon y se desvaneció.

Había perdido la conciencia de sí mismo.

Cuando Juan Pérez volvió en sí, se encontró en una alcoba: sobre un lavatorio había frascos, frascos y más frascos, un biberón algunos artefactos, y, a la izquierda, un lecho, en el cual se movía quejosamente, una mujer pálida y delgada.

Juan Pérez la miró, atontamente: tenía la impresión de que esa persona le era familiar; pero, en medio de la oleada de nuevas sensaciones, ese recuerdo era impreciso y torturante: ni quería corporizarse.

Se quiso aproximar, entonces, al borde del lecho: pero, con gran asombro de su parte, volvió a caer pesadamente, y una queja gutural y felina de bebé se escapó de sus labios. Miró a su alrededor con más atención. Se hallaba en una cuna. A su derecha, una mujer de blanco y un señor de lentes, grave y circunspecto, lo miraba con interés.

—¿Quiénes son ustedes y dónde estoy? — quiso preguntar Juan Pérez. Pero no le obedeció la lengüecita y sólo se le escapó un incoloro llanto de chiquilín. La enfermera lo acarició suavemente, y le metió en la boca el biberón.

¡Qué escándalo!" pensó Juan Pérez... Un libre ciudadano de una república democrática, consintiendo en tal vejamen! ¡Una mordaza para ahogar mi conciencia!

Quiso quitarlo de su boca, pero no pudo. Las débiles manecitas se agitaron impotentes en el vacío. Sintió que un líquido viscoso y dulzón se le deslizaba por entre los labios. Comprendió que sus protestas serían vanas. Y he aquí cómo un libre ciudadano argentino, hubo de sufrir la tiranía imperialista del biberón.

Pasaron días y días, grises e iguales. Y una mañana sonriente, Juan Pérez vió entrar en la alcoba a un hombre alto, de rostro inexpresivo, que se acercó al lecho y acarició afectuosamente a la enferma.

—¿Cómo estás, querida? — preguntó.

—Bien, Juan — fué la respuesta. Dentro de unos días podré levantarme.

¡Juan! Ese nombre rasgó las tinieblas de su cerebro, como un recuerdo luminoso, si bien aun vago. Ese hombre le parecía algo familiar... familiar... Ese paso mecánico... Esas facciones de buey, uncido al yugo...

Entró el médico.

—Buenos días, señor Pérez. ¿Cómo sigue el nene?

¡Pérez! ¡Ahora comprendía! Era su cuerpo que deambulaba tristemente por este valle de amarguras. ¡Oh! ¡Qué opresión sintió! Hubiera querido gritar, hacer restallar su pena, publicar su tristeza de espíritu errante a través de otro cuerpo... Pero, toda su neurastenia de muchos días, logró tan sólo traducirse en una lágrima, grande como un garbanzo, que cayó penosamente, complicándose en la blancura sospechosa de sus pañales...

Sufría. Enormemente. Virilmente. Se sentía lleno de energías morales, sin lograr traducirlas. Amarrado en sí mismo como un leño.

Por fin, un día habló.

Había venido la enfermera. Hasta entonces, él sólo notaba su delantal blanco. Ese día la miró. Era bonita. Cabellos renegridos, como noche sin luna. Ojos apasionados y profundos. Cutis blanquísimo. No pudo resistir. Toda su admiración, su fibra galante, su novísima juventud, se despertó en él. Y las palabras acudieron solas a sus labios de criatura:

—¡Olé por las porteñas preciosas!

La enfermera miró con resentimiento al médico, único hombre que se hallaba en la habitación, y que, vuelto hacia la ventana, tamborileaba en sus cristales la marcha de San Lorenzo.

Pausa.

—¡Monada! — dijo Juan Pérez sin forzarse ya.

¡Doctor! — exclamó severamente la enfermera. Creo que este no es momento propio para galanterías.

El médico se volvió, con estupor.

—¿Decía?...

—¡Que usted es un encanto! — dijo Juan Pérez, incorporándose levemente, a la enfermera.

—¡Ay! ¡Jesús! — exclamó ésta con pasmo, y se desmayó en brazos del afortunado galeno.

La fama del bebé que hablaba con el criterio de un hombre maduro, creó, inmediatamente, la expectativa mundial. Acudió una plaga, sencillamente egipcia, de periodistas. Venían a consultarle sobre los más obscuros problemas: la baja del franco, la natalidad ilegítima, los cuadros de Pettoruti, la congestión del tráfico, la justicia de los jueces y la cortesía de los agentes policiales. Artistas de talento vinieron a preguntarle qué defectos debían tener sus obras para merecer un primer premio. Con gran alarma de los quinieleros, numerosas madres de familia lo visitaron para conocer sus números favoritos. Apiadado de aquéllos, toda una institución nacional, Juan Pérez las eludió hábilmente, arguyendo que se había olvidado todo cuanto sabía de matemáticas, después de pasarse dos meses contando las tormentas de Casagrande.

Vinieron a ofrecerle juguetes a cambio de un autógrafo. Le regalaron un chupete de gran lujo a trueque de firmar un cartelito que decía: "Aquí es donde se roba menos. — Juan Pérez".

Le hicieron un beneficio. Una suscripción, un té-danzant. Se puso de moda. Se usaban zapatos "a la Pérez", crema "a la Pérez", sombreros "a la Pérez". Un rey le envió la Orden del Baño Instalado. Todos los Pérez de la guí telefónica se reunieron en solemne y memorabe asambea, agotando as localidades de nuestro Coliseo, y acordaron otorgarle el título de Presidente Honorario.

Cuentan las crónicas que esa noche a la salida, era tal la concurrencia, que los ómnibus hicieron su agosto definitivamente, a tal punto que algunos empresarios, en comandita, adquirieron, a mitad de precio, una máquina mendocina de hacer moneda, y se retiraron a la vida privada.

El nuncio(vista su fama, sapencia y virtud crecientes, lo hizo elevar a la categoría de los santos.

Un buen día, San Juan Pérez, rotos los diques de su modestia, viendo que, con su popularidad creciente, iba, de fatal manera, a la Cámara de Diputados, rechazó el biberón, con dignidad, y exigió, con la soberbia de un grande hombre, un copetín...

Y llegó, finalmente, el día en que Juan Pérez se cansó de sí mismo. Era fatal. Estúpidamente fatal. Sentía que su cerebro era luminoso y su corazón grande: que su inteligencia, infatigable, expelía proyectos y más proyectos, sin acomodarse a su edad aparente, a sus piececitos rosados, a la dorada pelusilla que decoraba el piso superior de su caletre, magín, cacumen o lo que se quiera. En fin: que no podía substraerse al valvén rítmico y envolvente de la vida moderna. Que la inocencia de su corazón, y por ende, su juventud, era imposible. Y, tan sólo, conseguía pasar por fenómeno. O mascota. Los footballers grababan su nombre en la pelota, cuando les tocaba un partido bravo. Las niñas bien usaban un pequeño retrato suyo en la liga. Era, ya, un martirio excesivo. El, que era, que hubiera anhelado ser, todo espíritu, reducido al mísero rol de animador de la materia! Triste peregrinaje. Dudoso cambio. La infancia y juventud perdían, para él, su sentido. Resolvió suicidarse. ¿Cómo? ¡Difícil problema! Era escasa la elección. Cierto día consiguió, jugueteando por el suelo, acercarse al balcón, y se dejó caer por el claro de los barrotes.

Pasaba una manifestación organizada en su honor por una Sociedad Filodramática de Amadores del Arte, y el tesorero, creyendo, en el primer instante, que era una donación llovida del cielo, lo aferró fuertemente en el aire. Pero ya su espíritu, a soplo vivificador de dos ondas radiotelefónicas que se cruzaban había conseguido desprenderse de su cuerpo infantil.

Y he aquí cómo desde entonces, el espíritu atormentado de Juan Pérez, errante como un vagabundo gorkyano, sigue con honda pena y desvelo, la vida triste de todos sus hermanos de oficina y, de vez en cuando, derrama una lágrima, no por espiritual menos piadosa, sobre la gris monotonía de sus hogares.

León MIRLAS

LA CIUDAD DE SHANGHAI

LA revolución china presta interés y actualidad al conocimiento de la ciudad donde se han desarrollado los últimos acontecimientos.

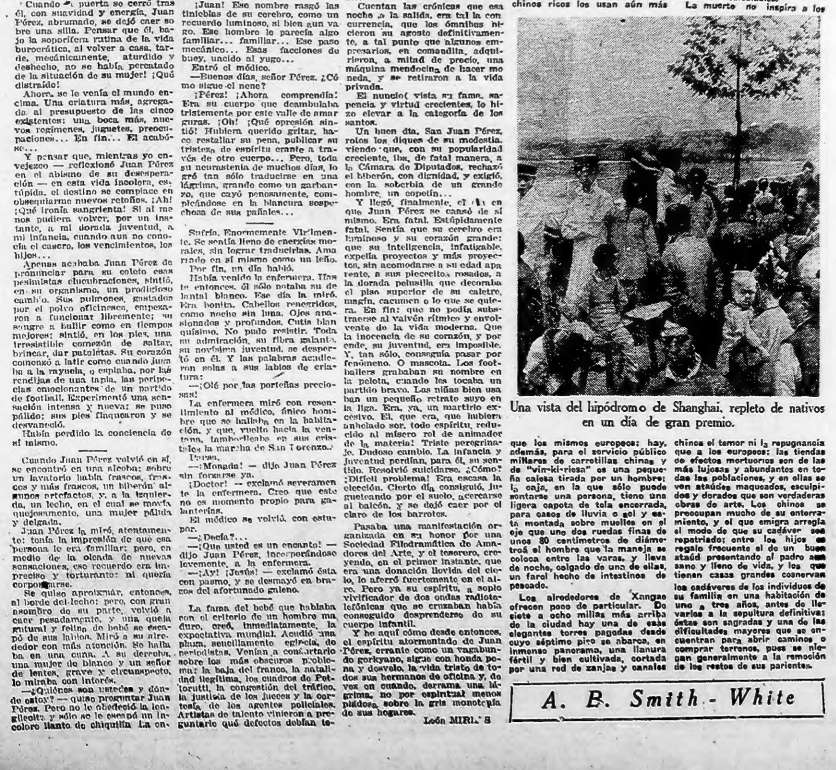
Este gran puerto está situado en la desembocadura del Yanktse-Kiang, río de gran anchura y de activísimo movimiento. Se conoce por Shangai o Xangae.

Por su aspecto es hoy Xangae una población europea donde se pueden encontrar todos los recursos y comodidades de las grandes capitales. Los salones de Xangae, ni por su elegancia, ni por sus moblajes se diferencian de los de cualquier otra población de Europa, si no es por el mayor número de porcelanas y otros objetos de arte chino o japonés, a que se aficionan pronto todos los residentes en el país. Como las calles son anchas, y lo mismo los caminos de los alrededores, os carruajes se han mutiplicado muchísimo, y los chinos ricos los usan aún más que los mismos europeos; hay, además, para el servicio público millares de carretillas chinas y de "vin-ki-riesa" es una pequeña calesa tirada por un hombre; la caja, en la que sólo puede sentarse una persona, tiene una ligera capota de tela encerrada, para casos de lluvia o sol y está montada sobre muelles en el eje que une dos ruedas finas de unos 80 centímetros de diámetro; el hombre que la maneja se coloca entre las varas, y lleva de noche, colgado de una de ellas, un farol hecho de intestinos de pescado.

Los alrededores de Xangae ofrecen poco de particular. De siete a ocho millas más arriba de la ciudad hay una de esas elegantes torres pagodas desde cuyo séptimo piso se abarca, en inmenso panorama, una llanura fértil y bien cultivada, cortada por una red de zanjas y canales que se cruzan en todos sentidos y sembrada de pueblecillos chinos, cuyas casas, de un solo piso, parecen modestamente pobres de lejos y repugnantes por su miseria y suciedad de cerca. La vegetación es ya de las zonas templadas, y los cultivos principales, el algodón, arbusto las habas, el arroz y toda clase de hortalizas, sacándose dos y aun tres cosechas cada año; entre los frutales predominan los durazneros, perales, manzanos, naranjos y moreras.

Una de las cosas que llaman la atención al pasearse por los alrededores de Xangae son las innumerables sepulturas que se encuentran en campos y jardines, y hasta en medio de las casas chinas. Los chinos no tienen cementerios, y aun cuando prefieren las colinas y montañas para sus sepulcros, entierran o, por mejor decir, depositan sus cadáveres por todas partes, cubriéndolos con ligeras construcciones de ladrillos que, multiplicadas con los años, legan a números incalculables.

La muerte no inspira a los chinos el temor ni la repugnancia que a los europeos: las tiendas de efectos mortuorios son de las más lujosas y abundantes en todas las poblaciones, y en ellas se ven ataúdes maqueados, esculpidos y dorados que son verdaderas obras de arte. Los chinos se preocupan mucho de su enterramiento, y el que emigra arregla el modo de que su cadáver sea repatriado; entre los hijos es regalo frecuente el de un buen ataúd presentando al padre aun sano y lleno de vida, y los que tienen casas grandes conservan los cadáveres de los individuos de su familia en una habitación de uno a tres años, antes de llevarlos a la sepultura definitiva; éstas son sagradas y una de las dificultades mayores que se encuentran para abrir caminos o comprar terrenos, pues se niegan generalmente a la remoción de los restos de sus parientes.



Una vista del hipódromo de Shanghai, repleto de nativos en un día de gran premio.

A. B. Smith - White

LAS MUJERES QUE TRABAJAN, por ARTECHE



EL MISTERIOSO PAIS DE LOS FARAONES

"Nadie entre que no sepa de Egipto y de India" habría que poner en el pórtico de todas las Escuelas y Museos de Arte en equivalencia de aquella otra de Delhos de "nadie entre que no sepa geometría".

EL Egipto, el Matsor, Mitsraún o Monsuri asirio; el Kem o Kemi, copto; el Mazz o Mesur, árabe; la primitiva Asia. Hera o Aería de los etiopes occidentales, consignada en los libros de Oriente; el Aiguptos o "tierra escondida", de los griegos; el Aegyptus latino o "tierra donde nunca llueve", de Plinio; el "celeste don del Nilo", de Herodoto, poblado por el hijo de Danal; el hijo de Neptuno y de Libia, de Hesiodo, es una de las "siete regiones del planeta", donde se conservan, más ricas y vigorosas, las claves del misterio histórico; las otras seis son, a nuestro juicio, la Ario-India, la Escitia, la China, Méjico, Bolivia y España.

Extendido de Sur a Norte entre el Ecuador y el Mediterráneo (Mare aegyptorum), y de Este a Oeste entre el mar de las Indias (Mare aethiopicum), la Arabia y el desierto de Libia, ofrece infinitas sugestiones para el artista, el científico, el historiador y el filósofo. "Nadie entre que no sepa de Egipto y de la India" habría que poner en el pórtico de todas las Escuelas y Museos de Arte en equivalencia de aquella otra de Delhos de "nadie entre que no sepa geometría".

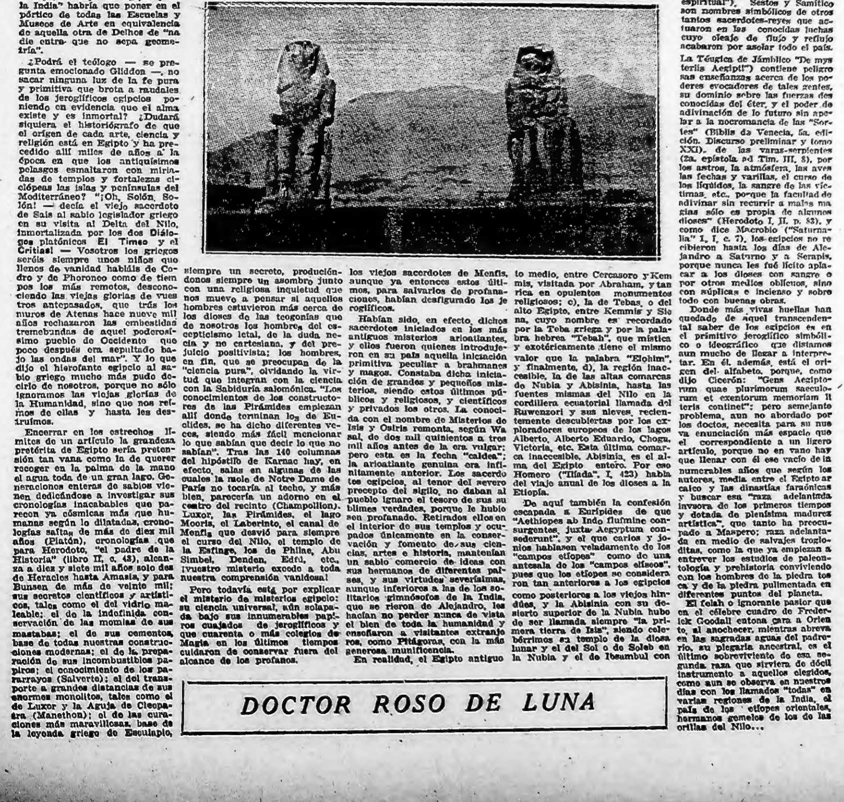
¿Podrá el teólogo — se pregunta emocionado Gliddon —, no sacar ninguna luz de la fe pura y primitiva que brota a raudales de los jeroglíficos egipcios poniendo en evidencia que el alma existe y es inmortal? ¿Dudará siquiera el historiógrafo de que el origen de cada arte, ciencia y religión está en Egipto y ha precedido allí miles de años a la época en que los antiquísimos pelasgos esmaltaron con miriadas de templos y fortalezas ciclópeas las islas y peninsulas del Mediterráneo? "¡Oh, Solón, Solón! — decía el viejo sacerdote de Sais al sabio legislador griego en su visita al Delta del Nilo, inmortalizada por los dos Diálogos platónicos El Timeo y el Critias! — Vosotros los griegos seréis siempre unos niños que llenos de vanidad habláis de Codro y de Phoroneo como de tiempos los más remotos, desconociendo las viejas glorias de vuestros antepasados, que trás los muros de Atenas hace nueve mil años rechazaron las embestidas tremebundas de aquel poderosísimo pueblo de Occidente que poco después era sepultado bajo las ondas del mar". Y lo que dijo el hierofante egipcio al sabio griego mucho más pudo decirlo de nosotros, porque no sólo ignoramos las viejas glorias de la Humanidad, sino que nos reímos de ellas y hasta las destruímos.

Encerrar en los estrechos límites de un artículo la grandeza pretérita de Egipto sería pretensión tan vana como la de querer recoger en la palma de la mano el agua toda de un gran lago. Generaciones enteras de sabios vienen dedicándose a investigar sus cronologías inacababies que parecen ya cósmicas más que humanas según lo dilatadas, cronologías saítas de más de diez mil años (Platón), cronologías que para Herodoto, "el padre de la Historia" (libro II, c. 43), alcanza a diez y siete mil años solo desde Heracles hasta Amasia, y para Bunsen de más de veinte mil; sus secretos científicos y artísticos, tales como el del vidrio maleable; el de la indefinida conservación de las momias de sus mastabas; el de sus cementos, base de todas nuestras construcciones modernas; el de la preparación de sus incombustibles papiros; el conocimiento de los pararrayos (Salverte); el del transporte a grandes distancias de sus enormes monolitos, tales como el de Luxor y la Aguja de Cleopatra (Manethon); el de las curaciones más maravillosas, base de la leyenda griego de Esculapio, "resucitador de los muertos"; el de la estereotomía o corte de piedras", como el diamante pueda cortar al cristal" (Brunsen); el de dentífricos, cosméticos y demás afeites modernos; el de los pozos artesianos que hoy son nuestro orgullo; el de los embalses prodigiosos de agua hoy copiados en todo el mundo; el de las canalizaciones para riegos, mejores aún que las nuestras, y aquellas otras que, como el actual canal de Suez, puso antaño los dos mares por medio de los brazos del Nilo; el de hipogeos asombrosos que las leyendas hacen comunicar hasta con América por bajo del Océano, hipogeos pletóricos de riquezas cual el de Tutankh-amen recientemente profanado...

Y ¿qué decir de las ruinas prodigiosas del Egipto, mil veces excavadas desde Mariette Bey hasta lord Carnarvon, revelándonos siempre un secreto, produciéndonos siempre un asombro junto con una religiosa inquietud que nos mueve a pensar si aquellos hombres estuvieron más cerca de los dioses de las teogonías que de nosotros los hombres del escepticismo letal, de la duda necia y no cartesiana, y del prejuicio positivista; los hombres, en fin, que se preocupan de la "ciencia pura", olvidando la virtud que integran con la ciencia con la Sabiduría salomónica. "Los conocimientos de los constructores de las Pirámides empiezan allí donde terminan los de Euclides, se ha dicho diferentes veces, siendo más fácil mencionar lo que sabían que decir lo que no sabían". Tras las 140 columnas del hipóstilo de Karnac hay, en efecto, salas en algunas de las cuales la mole de Notre Dame de París no tocaría al techo, y más bien, parecería un adorno en el centro del recinto (Champollion). Luxor, las Pirámides, el lago Mooris, el Laberinto, el canal de Menfis que desvió para siempre el curso del Nilo, el templo de la Esfinge, los de Philae, Abu Simbel, Denden, Edfú, etc. ¡vuestro misterio excede a toda nuestra comprensión vanidosa!

Pero todavía está por explicar el misterio de misterios egipcio: su ciencia universal, aún solapada bajo sus innumerables papiros cuajados de jeroglíficos y que cuarenta o más colegios de Magia en los últimos tiempos cuidaron de conservar fuera del alcance de los profanos.

Hoy yacen perdidos para éstos últimos los escritos de Cadmo, Hellánico y Hecateo Milesio, apenas conocidos y nunca comprendidos por Diodoro de Sicilia, quien, sin embargo, se atrevió a tratar de fabulosas iniciáticas cronológicas de Manethon, sacerdote de Heliópolis, reinando ya Tolomeo Filadelfo, cronologías que Eusebio de Cesárea, bajo pretexto de traducción parcial de ellas, no hizo sino falsificar para adaptarlas a sus prejuicios cretinos. Los sacerdotes de Tebas nada quisieron revelar a Diodoro, dejándole entender sólo algo relativo a los nombres de sus 330 reyes de las últimas dinastías. Herodoto supo bastante más de todo esto que Diodoro, pues viajó por Egipto unos sesenta años después que los persas derribaran el trono de los Faraones, y pudo por ello recoger más antiguas y fidedignas noticias de los viejos sacerdotes de Menfis, aunque ya entonces estos últimos, para salvarlos de profanaciones, habían desfigurado los jeroglíficos.



Habían sido, en efecto, dichos sacerdotes iniciados en los más antiguos misterios arioatlantes, y ellos fueron quienes introdujeron en su país aquella iniciación primitiva peculiar a brahmanes y magos. Constaba dicha iniciación de grandes y pequeños misterios, siendo estos últimos públicos y religiosos, y científicos y privados los otros. La conocida con el nombre de Misterios de Isis y Osiris remonta, según Wasal, de dos mil quinientos a tres mil años antes de la era vulgar; pero esta es la fecha "caldea"; la arioatlante genuina era infinitamente anterior. Los sacerdotes egipcios, al tenor del severo precepto del sigilo, no daban al pueblo ignaro el tesoro de sus sublimes verdades, porque le hubiesen profanado. Retirados ellos en el interior de sus templos y ocupados únicamente en la conservación y fomento de sus ciencias, artes e historia, mantenían un sabio comercio de ideas con sus hermanos de diferentes países, y sus virtudes severísimas, aunque inferiores a las de los solitarios gimnósofos de la India, que se rieron de Alejandro, les hacían no perder nunca de vista el bien de toda la humanidad y enseñaron a visitantes extranjeros, como Pitágoras, con la más generosa munificencia.

En realidad, el Egipto antiguo estuvo siempre dividido, por decirlo así, en cuatro zonas o países, representantes de otros tantos niveles intelectuales y morales, al modo de otras tantas "castas" que nada tienen que ver con las conocidas por tal nombre, quiero decir que del mismo modo que en otras regiones africanas, la del Atlas, por ejemplo, hay una región costera profanada: la del vulgo de los "tamasig" o "de la ignorancia"; otra región de mesetas llamada la "quelaya" o "chelaya", la de los discípulos y las alturas y desiertos donde se hallan refugiados los sabios con sus tesoros ocultos de iniciación, la región de los "gurús" o maestros. En el Egipto religioso cabe hacer las mismas separaciones, a saber: a), la costera, mediterránea, en contínua comunicación comercial por puertos como el de Cánope, con todos los países; b), la de Menfis o del Egipto medio, entre Cercasoro y Kemmis, visitada por Abraham, y tan rica en opulentos monumentos religiosos; c), la de Tebas, o del alto Egipto, entre Kemmis y Siena, cuyo nombre es recordado por la Teba griega y por la palabra hebrea "Tebah", que mística y exotéricamente tiene el mismo valor que la palabra "Elohim", y finalmente, d), la región inaccesible, la de las altas comarcas de Nubia y Abisinia, hasta las fuentes mismas del Nilo en la cordillera ecuatorial llamada del Ruwenzori y sus nieves, recientemente descubiertas por los exploradores europeos de los lagos Alberto, Alberto Eduardo, Chogu, Victoria, etc. Esta última comarca inaccesible, Abisinia, es el alma del Egipto entero. Por eso Homero ("Iliada", I, 423) habla del viaje anual de los dioses a la Etiopía.

De aquí también la confesión escapada a Eurípides de que "Aethiopes ab Indo flufmine consurgentes, juxta Aegyptum consederunt", y el que carios y jonios hablasen veladamente de los "campos etíopes" como de una antesala de los "campos elíseos", pues que los etíopes se consideraron tan anteriores a los egipcios como posteriores a los viejos hindúes, y la Abisinia con su desierto superior de la Nubia hubo de ser llamada siempre "la primera tierra de Isis", siendo celebérrimos su templo de la diosa lunar y el del Sol o de Soleb en la Nubia y el de Ibsambul con sus cuatro colosos de sesenta pies de altura, análogos a las estatuas de Bamián y de la Isla de Pascua; es decir, lemuroatlantes. En las mismas dinastías de los 330 reyes sucesores de Menes, figuran hasta 18 reyes etíopes, no habiendo podido las mismas invasiones de los kicksos o reyes-pastores franquear la barrera misteriosa del alto Egipto para llegar hasta allí, pues que los sublimes sacerdotes etíopes, los autores del venerabilísimo "Libro de Enoch", en el que se inspirase hasta el "Apocalipsis", siempre tuvieron a raya en aquellas regiones a los reyes del bajo Nilo. "Perseguiste en vano a las nueve arcas", dicen las inscripciones del palacio de Medinet Abú en Tebas.

Por supuesto que aquellos reyes-pastores que no llegaron al alto Egipto son los sucesores de aquellos invasores atlantes citados por Platón, y de los que también nos habla Anquetil en su "Historia" y los doce reyes de la dinastía etíope: Atisanes, Mendes, Menes, Proteo, Renfis Cheops, Kefren, Micerino, Becoris, Arquitis, Sabaco (el rival y vencedor do "An-isis", "el ciego espiritual"), Sestos y Samítico son nombres simbólicos de otros tantos sacerdotes-reyes que actuaron en las conocidas luchas cuyo oleaje de flujo y reflujo acabaron por asolar todo el país.

La Téugica de Jámblico "De mysteriis Aegipti") contiene peligrosas enseñanzas acerca de los poderes evocadores de tales gentes, su dominio sobre las fuerzas desconocidas del éter, y el poder de adivinación de lo futuro sin apelar a la nocromancia de las "Sortes" (Biblia da Venecia, 5a. edición. Discurso preliminar y tomo XXI), de las varas-serpientes (2a. epístola ad Tim. III, 8), por los astros, la atmósfera, las aves las fechas y varillas, el curso de los líquidos, la sangre de las víctimas, etc., porque la facultad de adivinar sin recurrir a malas magias sólo es propia de algunos dioses" (Herodoto I, II, p. 83), y como dice Macrobio ("Saturnalia" 1, I, c. 7), los egipcios no recibieron hasta los días de Alejandro a Saturno y a Serapis, porque nunca les fué lícito aplacar a los dioses con sangre o por otros medios oblícuos, sino con súplicas e incienso y sobre todo con buenas obras.

Donde más vivas huellas han quedado de aquel transcendental saber de los egipcios es en el primitivo jeroglífico simbólico o ideográfico que distamos aun mucho de llegar a interpretar. En él, además, está el origen del alfabeto, porque, como dijo Cicerón: "Gens Aegiptorum quae plurimorum saeculorum et exentorum memoriam literis continet"; pero semejante problema, aun no abordado por los doctos, necesita para su nueva enunciación más espacio que el correspondiente a un ligero artículo, porque no en vano hay que llenar con él ese vacío de innumerables años que según los autores, media entre el Egipto arcaico y las dinastías faraónicas y buscar esa "raza adelantada invasora de los primeros tiempos y dotada de plenísima madurez artística", que tanto ha preocupado a Maspero; raza adelantada en medio de salvajes trogloditas, como la que ya empiezan a entrever los estudios de paleontología y prehistoria conviviendo con los hombres de la piedra tosca y de la piedra pulimentada en diferentes puntos del planeta.

El felah o ignorante pastor que en el célebre cuadro de Frederick Goodall entona cara a Oriente, al anochecer, mientras abreva en las sagradas aguas del padre-río, su plegaria ancestral, es el último sobreviviente de esa segunda raza que sirviera de dócil instrumento a aquellos elegidos, como aun se observa en nuestros días con los llamados "todas" en varias regiones de la India, el país de los etíopes orientales, hermanos gemelos de los de las orillas del Nilo...

DOCTOR ROSO DE LUNA

BEN TAI, CONTRA



LA primera vez que Ben Tai se asomó a la ventana de su "Emporio Oriental" y vió al hombre blanco y a la mujer blanca tomar la senda que llevaba al río, no hizo otra cosa que guiñar sus ojos oblícuos, llenar nuevamente su caprichosa y curvada pipa y... seguir sus apacibles meditaciones.

Al día siguiente, al verlos otra vez tomar el mismo camino, pero con pasos precavidos y sigilosos, Ben Tai retiró la pipa de marfil de sus labios, arrojó un poco de humo por una de las comisuras, cogió un martillo forrado de fieltro y tocó con él una sonora campana que colgaba sobre su cabeza.

En seguida, silenciosamente, entró en la estancia un chino joven, de ojos negros y nerviosos. Ben Tai le habló en dialecto cantonés y con esa voz grave, inconfundible en los fumadores de opio.

—Dime, Ah Gim, ¿has sabido algo del hombre blanco que vino aquí hace tres días a comprarme opio?

—Sí, señor —contestó Ah Gim, con una profunda reverencia—. Está enojado porque no quiso usted vendérselo...

—Ya me lo figuraba. ¿Y no profirió ninguna amenaza contra mí? Dime lo que yo no sepa.

—Sí, señor. El hombre blanco es de San Francisco. Se llama Frank Fargo. Su mujer —él dice, al menos, que es su mujer— es bella como la luna. Sus cabellos son como un rayo de sol sobre la niebla. Su rostro es blanco como el narciso .Su...

—Basta —interrumpió Ben Tai, sosteniendo la pipa entre los dientes—. Hablas más que una comadre. No me interesa lo que piensas de la mujer blanca, sino lo que sabes del hombre blanco.

Ah Gim hizo otra profunda reverencia.

—No sé más sino que viven los dos más allá del muelle, que ella misma atiende a los quehaceres de su casa flotante y que se pasan durmiendo la mayor parte del día. Sólo salen al anochecer y de noche.

* * *

El rostro mongólico de Ben Tai se entenebreció al asomarse a su ventana: "La pareja de blancos emprendió ayer el sendero de las lagunas pantanosas... Nada tienen que hacer allí. Sin embargo pudo ser la casualidad la que hasta allí los llevara... Ahora bien, hoy han tomado el mismo camino... Es extraño... Es extraño..."

—¡Ah, señor!... ¿Usted cree?...

—Figúrate lo que quieras y déjame a mí hablar. Digo que iban hacia las lagunas pantanosas con pasos furtivos, como ladrones en la obscuridad. Una idea, Ah Gim: síguelos. Pero cuida mucho de que ellos no te vean. Observa adonde van y lo que hacen, y, si te es posible, escucha lo que hablan. En seguida, aquí de vuelta.

—Sí, señor.

Ah Gim se inclinó nuevamente y se dispuso a salir.

—¡Espera! De camino, entra en casa de Yick Sing y dile que necesito verle. Que venga aquí en seguida.

—Sí, mi amo... Pero, ahora que me acuerdo... Ya son dos las veces que he visto a Yick Sing entrar de noche en el lanchón en donde habitan los blancos. Las dos veces se estuvo allí lo menos, lo menos, el tiempo que se tarda en cocer una gallina.

Otra vez se obscureció el rostro de Ben Tai. Por un momento, se quedó mirando fijamente a su criado. Siguió un parpadeo lento, cachazudo y, luego, una mirada estática, con la cual no miraba a su sirviente, sino sus intenciones.

—He cambiado de idea —dijo lentamente—: No llames a Yick Sing. Más aun: si le ves no le digas nada de este asunto. Ho hang la!

Era casi noche cerrada cuando volvió, muy excitado, el pobre Ah Gim. Ben Tai esperábale en la ventana, a su lado una lata de jengibre en conserva.

—¡Es verdad, es verdad, mi amo! —estalló Ah Gim, y tan violentamente que se le olvidó romperse el espinazo en la reverencia de rigor—. Se fueron derechitos a los mimbrales que conducen a... Usted me entiende. Para mí, que han descubierto el escondrijo. Mientras él buscaba, ella parecía vigilar por si venía gente.

Ben Tai no pudo contenerse:

—¿Halló el escondite?

—No, mi amo. El opio está seguro. Pero él buscaba como quien sabe que por aquel sitio había de encontrarlo. Mientras buscaba, le oí hablar con la mujer. Ahora que yo no pude oir lo que decían. Estaba un poco lejos. Cuando se cansó de buscar, se fueron los dos, a toda prisa, hacia su casa.

—¡Ah, idiota! ¿Y te vuelves aquí a decirme lo que yo podía saber después, en lugar de seguirlos y oirles decir algo que a mí verdaderamente me interesara? Pero se me ocurre una cosa... Ah Gim, ¿no habrás sido tú el el que le haya dicho al hombre blanco.?..

—¿Dónde está el escondrijo?... ¡Mi amo! ¡Por los tres demonios verdes, mi amo!

—¿No has sido tú? Entonces, ¿quién ha sido?

—Aparte usted y yo, sólo Yick Sing conoce el escondite.

—Muy bien. Y ahora que el hombre blanco no ha encontrado lo que Yick Sing le dijo que podía encontrar, ¿qué se le ocurrirá hacer para no darse por vencido?

—Llamará a Yick Sing.

—Seguramente. Pues esto es lo que debiste pensar al verlos camino de su casa. Escúchame; vas a ir a la casa flotante de los blancos, adonde Yick Sing no tardará en llegar. No tengo que decirte qué tienes que hacer allí...

—Sí, mi amo, escuchar lo que dicen. Ahora que... pienso hacer una cosa. Como la casa está pegada a la orillita del río, y por delante hay una espesura que cruje como el demonio cuando se anda por ella, pues me echaré al agua y desde el agua aguzaré el oído. En la estancia con la ventana al río, abierta casi siempre, es en donde los blancos suelen estar, fumando y charla que te charla. Lo que sí puede ocurrir es que me descubran y me...

—Y te metan una bala en el cerebro. Lo que no te vendría mal del todo, porque así se te llenaría la cabeza de algo. Ya se ha dicho lo bastante. Ni media palabra más. Ho hang la!

* * *

Dos calles atraviesan el pueblo siguiendo la vuelta del río. Una de ellas, en la misma orilla, con las fachadas de sus pequeños edificios mirando a la corriente, es la calle de los comerciantes blancos. En su extremo izquierda empieza el barrio chino. La otra calle confina con los huertos de espárragos y está sombreada por un plantío de sauces.

Ah Gim, evitando las luces de la calle riberoña, se fué por la otra y anduvo hasta aproximarse a las afueras del pueblo, después dobló una esquina para dirigirse al río y retrocedió hasta dar frente a la barcaza-habitación alquilada por Frank Fargo. Y allí, bajo un tupido palio de sauces, Ah Gim esperó.

Pasó una hora, y como durante ella no hubiese visto a Yick Sing entrar en la casa, se le ocurrió si no habría llegado antes que él. El lugar estaba sumido en la obscuridad más completa. Tampoco lograba Ah Gim percibir el menor rumor de voces humanas. Era extraño... Suponiendo que sólo estuvieran los blancos en la casa, como no estuviesen durmiendo, algo se les oiría hablar. Aquel silencio parecía indicar que estaba dentro Yick Sing y que, por lo tanto, hablaban los tres en voz baja. Enojado consigo mismo por el tiempo perdido tan estúpidamente, Ah Gim, a tirones, se despojó de alguna ropa, se quitó los zapatos y bajó hasta la orilla. De un salto agilísimo se echó al agua y nadó unos metros hasta llegar a una amarra sujeta precisamente bajo la ventana del gabinete de Frank Fargo. Se asió a ella y esperó...

—¿Qué es eso? — dijo una voz de mujer, que, a través de la ventana abierta, llegó a oídos de Ah Gim con toda claridad—. No parece sino que alguien ha sacudido la barcaza.

—No es nada, criatura, no es nada —dijo [illegible] voz de hombre, un poco [illegible]—. ¿Sabes lo que te di[illegible]? Que son demasiados nervios los tuyos para una mujer que se complica en el negocio que conmigo has planeado.

—Las cosa pequeñas son las que me asustan. Las grandes, ya sabes que no. Por ejemplo: ¿por qué no habrá venido Yick Sing? Me parece que nos hemos confiado a él excesivamente.

—Es verdad. Ni a él ni a ningún chino debe uno confiarse. Cu[illegible] más seguro está uno de [illegible] están mirando a los ojos y [illegible]rúndose conforme con lo que uno dice, están ellos traspasándonos con su mirada, escudriñando nuestros más ocultos pensamientos e imaginando la manera de darnos el timo. ¿Qué opio te queda?

—Para mañana solamente. Pero no te preocupes. Mañana a la noche...

—¡Calla! Alguien viene.

* * *

Ah Gim sintió perfectamente la trepidación de la barcaza bajo los pasos de alguien que andaba por el tablón que unía aquélla con la orilla. Después oyó pasos en el gabinete, una voz apagada y el ruido de una puerta al abrirse. Muy luego, a través de la ventana abierta, percibió la voz chillona de Yick Sing, expresándose en un inglés ignominiosamente chapurrado.

—Buenas noches, mista Fago. Tarde, he llegado tarde. Perdón, pues. He visto a Ben Tai. Mucho, mucho tiempo hablar con él. Por eso antes no vine.

—¿Qué le ha dicho Ben Tai? —se apresuró a preguntar la mujer.

—Me ha dicho que mañana noche llega el barco y que él mismo bajará al río a recoger el opio. Esta vez va a recoger mucho, mucho opio. Lo menos, valor de cinco mil dólares. Más, quizá.

Siguió una pausa, rota, al fin, por el débil chasquido de una cerilla al encenderse. El pobre Ah Gim tiritaba de frío con más de medio cuerpo bajo el agua. Como se prolongara mucho la conversación... Volvió a hablar el blanco, y Ah Gim, escuchándolo, olvidóse de sus entumecidos miembros.

—Yick Sing, me dijiste anoche que Ben Tai guarda el dinero en su tienda. ¿Tienes alguna idea sobre qué cantidad? ¿Ni sabes tampoco en qué lugar de la tienda?...

—No sé tanto, no, mista Fago. Ben Tai es un hombre muy rico, mucho. Hace muy tiempo mucho que tiene la tienda y muy tiempo mucho que vende opio. Y al Banco no va nunca. Toda gente dice y dice: "Ben Tai se guarda su dinerito en casa."

—¿Tiene caja de caudales? —preguntó la mujer.

—Creo yo que no tiene.

Siguió otra pausa, más larga que la anterior, al cabo de la cual, preguntó Frank Fargo:

—¿Sabes en qué sitio recogerá Ben Tai el envío de opio?

—Tanto ya no sé, mista Fago. Sólo sé que irá al barco a las ocho, más o menos.

Frank Fargo se quedó mirando fijamente al indígena. Yick Sing sosteníale la mirada, en los labios una sonrisa estúpida.

—Escúchame, Yick Sing —dijo el blanco—. Tú eres chino, como Ben Tai. ¿Por qué nos ayudas contra él, a nosotros que no somos de tu raza? ¿Es que le guardas rencor por alguna cosa?

—No, mista Fago. Por nada. Por opio, ni pensarlo. Ben Tai no da nunca opio a hombre blanco ni a mujer blanca. Y a los chinos da siempre. Y aunque sean pobres. Muchas veces da por nada opio a los chinos pobres. Pero pasa una cosa: que Ben Tai es rico y Yick Sing es pobre. Y Yick Sing tiene que ganarse la comida. Yo digo a mista cosas que mista quiere saber. Mista me paga, y Yick Sing, que es muy pobre, cobra por su trabajo.

Antes de responder, el blanco observó al amarillo

ABANDISTA DE OPIO

—Bien Yick Sing. Ahí van diez dólares. Esto no significa más sino que no estás trabajando para perder el tiempo. Si las cosas nos salen bien, nosotros no nos olvidaremos de tí, ni tú de nosotros en tu vida por lo espléndidos que seremos contigo. ¿Dónde estarás mañana a la noche?

—Con certeza, yo no sé. Puede que en mi tienda.

—Perfectamente. Acaso mañana a la noche mande a buscarte. Después de comer quizá tome un bote con mi mujer y nos vayamos de pesca. No volveremos a casa sino muy entrada la noche. Ahora hablaremos mi mujer y yo sobre lo mismo, y si nos decidimos al negocio, mañana por la mañana iré a verte.

—Bien. Muy bien — respondió Yick Sing.

Y sonó una puerta al abrirse.

* * *

Hasta que la barcaza dejó de trepidar bajo los pasos de Yick Sing al bajar éste el tablón de entrada, no oyó Ah Gim nuevos pasos en el gabinete.

Entonces se oyó la voz de Rosa:

—¡Bravo, Franck de mi vida! Has estado muy bien con eso de la partida de pesca.

—¿Tú comprendes?...

—Claro que sí. Estando nosotros en el río veremos a Ben Tai acercarse al barco o entrar en él, tomar él opio, volver a su bote y correr a su escondite a guardar la "mercancía"... Entonces, cuando nuestro hombre esté escondiendo su tesoro... ¿Acierto?

—Aciertas. Lo que hace falta es que acertemos nosotros. Creo que sí. Estamos tomando el máximo de precauciones. Pero ocurre una cosa: nos estamos poniendo estúpidamente a merced de Yick Sing. Figúrate cuando sepa que fuimos nosotros quienes dimos el pasaporte a Ben Tai y robamos su tienda...

—Naturalmente. Por eso mi idea es la de que nos encontremos en algún sitio con Yick Sing después de la operación... Si Yick Sing desaparece, todo el mundo creerá que ha sido él. ¿Comprendes?

—¡Rosa! ¡Rosa! ¡Eres terrible! ¿Dos en una noche?...

—Se trata de chinos... Peró... así, de pronto.... qué mala idea se me ha ocurrido. ¿Habrá estado escuchando alguien nuestra charla?

—¡Qué casualidad! Lo mismo acaba de ocurrírseme. ¿Dónde está la linterna? Trae acá. No sé por qué me ha vuelto a la memoria lo que decía antes de que la barcaza había sufrido una sacudida. Vamos primero por la ventana...

Ah Gim no esperó más. Silenciosamente se soltó de la amarra y desapareció bajo el agua. Cuando volvió a aparecer se hallaba a treinta pies de la casa flotante de Frank Fargo. Vió un haz de luz iluminando la superficie líquida que rodeaba el lanchón y volvió a sumergirse. Esta vez, al aparecer nuevamente, estaba ya protegido por las sombras del muelle de embalaje.

Diez minutos después, calzado y vestido, llegaba a todo correr al establecimiento de Ben Tai. Todo estaba obscuro, pero la puerta cedió al impulso de su mano. Dentro, a través de la mampara de cristales, vió el rostro oscuro y los ojos brillantes de Ben Tai, sosteniendo en los labios voluptuosamente la boquilla de su pipa de opio.

El señor escuchó a su criado sin interrumpirlo y sin iniciar el menor gesto.

Ah Gim, una vez contada su historia de espionaje, se atrevió a preguntar:

—Hay una cosa que no comprendo, mi amo. ¿Por qué le ha dicho usted a Yick Sing que mañana a las ocho se acercará usted al barco que trae el pedido de opio?

—¿No lo comprendes? Yo, sí. Mañana, no te apures, lo comprenderás todo perfectamente.

A las dos de la tarde siguiente, Frank Fargo, alto, fino, el rostro oliváceo y los ojos vagos de los fumadores de opio, desataba el bote perteneciente a la barcaza en que vivía.

Si alguien en aquel punto hubiera estado mirando hacia la cuarta barcaza más allá del muelle de embalaje, le hubiera visto colocar dos cañas de pesca en el bote antes de saltar a su bordo, como asimismo una canasta llena de provisiones de boca. Poco después hubiera visto salir de la casita flotante a una mujer joven y bella, la que, con ayuda de su compañero, saltaba al bote y se sentaba en su popa. El hombre soltó la amarra y empezó a remar contra corriente. De vez en cuando se detenía y mirábase las palmas de las manos. Al cabo de algún tiempo, el bote desapareció en una vuelta del río.

Nadie podía sospechar que Frank y Rosa pasaran toda la tarde bajo un cobertizo abandonado allá en las afueras del pueblo, que en todo el día se les ocurriera echar un anzuelo al agua y, que bien ocultas entre los sandwiches de la cesta de la merienda, hubiese dos linternas eléctricas y una pistola automática. Tampoco les vió nadie, una vez anochecido, remar corriente abajo, hasta dejar atrás el pueblecillo.

—¡Ay, Frank! — dijo Rosa, contemplando las lejanas lucecillas de la ribera. — ¡Estos poblachos me abruman! A mí que me den capitales, y luces y jazz-band y un buen cuarto de baño!

Y a mí también. Pero ¿qué quieres? Un rincón como éste nos era ahora necesario. No te quepa duda que en Los Angeles la poli anda muy preocupada de nosotros. Y todo se le puede ocurrir menos que estamos en este rincón del mundo.

Ayudado por la corriente, el bote se halló pronto a más de media milla del pueblo. Al llegar a un paraje en que los sauces casi ocultaban la orilla, Fargo se acercó a tierra. Escondió el bote tan cuidadosamente que era imposible verlo lo mismo desde la ribera que desde cualquier embarcación que pasase por el río.

Bien a resguardo bajo los sauces, no pudieron ver cómo las estrellas desaparecían bajo las fantásticas bambolinas de las nubes. Sólo se daban cuenta de que la noche era obscura, terriblemente obscura. El silencio sólo era turbado por el leve crujir de sedas de las ondas al lamer la orilla y por el madéreo croar de las ranas. De pronto, empezaron a caer unos goterones lentos y pesados.

—¡Pues sí que se nos presenta una nochecita! — exclamó Rosa. — Te aseguro que para mí se han acabado las partidas de campo.

—No te quejes. Esta lluvia es providencial. Ella se encargará de borrar las huellas que pudieran dejar nuestros pasos.

Rosa no añadió una sílaba. Minutos después rompía el silencio el mugido formidable de las entrañas metálicas del vapor esperado. Inmediatamente, Fargo echó manos a una linterna y a la pistola.

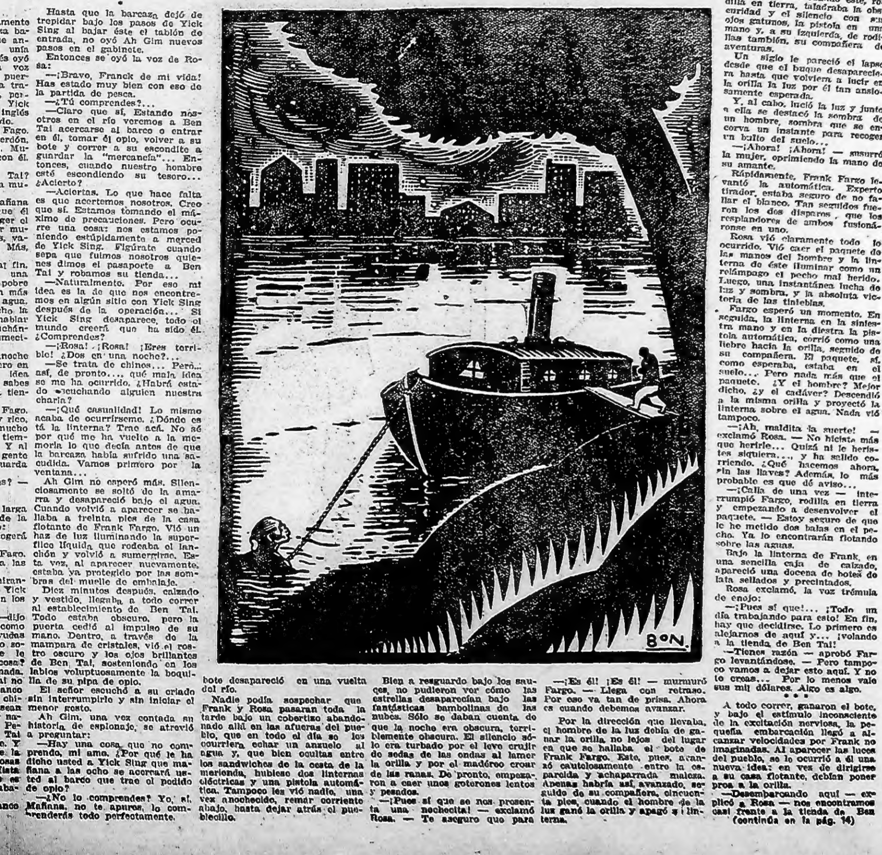
—¡Quieto! — le dijo Rosa al oído. — No creo que vayas a dejarme aquí sola. A mí se me ocurrió este juego y quiero ver hasta el final cómo se barajan los naipes.

—¡Haz lo que quieras, pero estate quieta de una vez! Ben Tai no puede andar lejos. En fin, si te empeñas en acompañarme, dame la mano.

Rosa alargó la mano a tiendas hasta encontrar la mano de su compañero, y, tras él, subió el pequeño declive de la ribera. Ya en tierra plana, Fargo se detuvo y apretó afectuosamente la mano de su amiga. A no mucha distancia, vieron en el río una luz agitándose en movimientos bruscos y rápidos.

—¡Es él! ¡Es él! — murmuró Fargo. — Llega con retraso. Por eso va tan de prisa. Ahora es cuando debemos avanzar.

Por la dirección que llevaba, el hombre de la luz debía de ganar la orilla no lejos del lugar en que se hallaba el bote de Frank Fargo. Este, pues, avanzó cautelosamente entre la esparcida y achaparrada maleza. Apenas habría así avanzado, seguido de su compañera, cincuenta pies, cuando el hombre de la luz ganó la orilla y apagó su linterna.



Temiendo dar un paso más, Fargo y Rosa detuviéronse hasta que surgieron de las sombras las luces del vapor. Entonces, se arrojaron al suelo y siguieron avanzando lentamente, sigilosamente, apoyándose en las rodillas y en las manos. Al llegar a unos veinte pies del lugar en que se hallaba el perseguido, tendiéronse a lo largo. Y allí esperaron...

El vapor se fué deteniendo hasta casi hundir la proa en la ribera. En ésta parpadeó una luz dos veces, como obedeciendo a una señal convenida. Fargo no vió un ser humano a bordo, pero sí una sombra partir de la orilla y aproximarse al enorme fantasma del buque.

Después... Después el vapor fué lentamente alejándose hasta desaparecer. No volvió a verse más luz en la orilla... Y el silencio y la obscuridad volvieron a solemnizar la noche impenetrable...

* * *

No eran gotas de agua, sino de fango las que cubrían el rostro del bandido cuando éste, rodilla en tierra, taladraba la obscuridad y el silencio con sus ojos gatunos, la pistola en una mano y, a su izquierda, de rodillas también, su compañera de aventuras.

Un siglo le pareció el lapso desde que el buque desapareciera hasta que volviera a lucir en la orilla la luz por él tan ansiosamente esperada.

Y, al cabo, lució la luz y junto a ella se destacó la sombra de un hombre, sombra que se encorva un instante para recoger un bulto del suelo...

—¡Ahora! ¡Ahora! — susurró la mujer, oprimiendo la mano de su amante.

Rápidamente, Frank Fargo levantó la automática. Experto tirador, estaba seguro de no fallar el blanco. Tan seguidos fueron los dos disparos, que los resplandores de ambos fusionáronse en uno.

Rosa vió claramente todo lo ocurrido. Vió caer el paquete de las manos del hombre y la linterna de éste iluminar como un relámpago el pecho mal herido. Luego, una instantánea lucha de luz y sombra, y la absoluta victoria de las tinieblas.

Fargo esperó un momento. En seguida, la linterna en la siniestra mano y en la diestra la pistola automática, corrió como una liebre hacia la orilla, seguido de su compañera. El paquete, sí, como esperaba, estaba en el suelo... Pero nada más que el paquete. ¿Y el hombre? Mejor dicho, ¿y el cadáver? Descendió a la misma orilla y proyectó la linterna sobre el agua. Nada vió tampoco.

—¡Ah, maldita la suerte! — exclamó Rosa. — No hiciste más que herirle... Quizá ni le heristes siquiera...., y ha salido corriendo. ¿Qué hacemos ahora, sin las llaves? Además, lo más probable es que dé aviso...

—¡Calla de una vez — interrumpió Fargo, rodilla en tierra y empezando a desenvolver el paquete. — Estoy seguro de que le he metido dos balas en el pecho. Ya lo encontrarán flotando sobre las aguas.

Bajo la linterna de Frank, en una sencilla caja de calzado, apareció una docena de botes de lata sellados y precintados.

Rosa exclamó, la voz trémula de enojo:

—¡Pues sí que!... ¡Todo un día trabajando para esto! En fin, hay que decidirse. Lo primero es alejarnos de aquí y... ¡volando a la tienda de Ben Tai!

—Tienes razón — aprobó Fargo levantándose. — Pero tampoco vamos a dejar esto aquí. Y no lo creas... Por lo menos vale sus mil dólares. Algo es algo.

* * *

A todo correr, ganaron el bote, y bajo el estímulo inconsciente de la excitación nerviosa, la pequeña embarcación llegó a alcanzar velocidades por Frank no imaginadas. Al aparecer las luces del pueblo, se le ocurrió a él una nueva idea: en vez de dirigirse a su casa flotante, debían poner proa a la orilla.

—Desembarcando aquí — explicó a Rosa — nos encontramos casi frente a la tienda de Ben

(continúa en la pág. 14)

TRES ANECDOTAS

A la puerta de una iglesia de una aldea saboyana, llegó cierto día un viajero muy alto y vestido pobremente.

—¿Puedo descansar en este banco, amigo mío?— preguntó a un personaje escuálido, de sotana.

—Amigo... Amigo... el mundo está lleno de amigos—murmuró el interpelado con orgullo, — sentaos, si queréis.

—¡Tendréis aquí un cargo importante!—dijo con admiración el viajero.

—Soy el sacristán de la iglesia.

—¿¡Ah! ¿Y es difícil ese oficio? —repuso el desconocido sonriéndose.

—Como que se necesita saber algo de latín para ayudar a misa, y el latín es un idioma muy difícil; además, necesito conocer todos los toques, estar enterado de las ceremonias, cuidar del alumbrado, vigilar el servicio...

Y el sacristán, en tono de sermón, le expuso con orgullo las obligaciones de un buen sacristán.

En aquel momento llegó el cura y después de examinar al viajero, se adelantó respetuosamente quitándose el sombrero, y le dijo:

—¡Vos en la puerta de la iglesia, monseñor?

Al oír, el tratamiento, el sacristán se quedó petrificado.

—¿Qué hacéis ahí? sin moveros?—le dijo el cura;— pronto, abrid la puerta a monseñor Duponloup ,obispo de Orleáns.

* * *

Es curioso el porqué de llamar "álbum" a todo libro en blanco destinado a recoger cosas escritas, pintadas o pegadas.

Los anales de los pontífices, que consignaban día por día los principales acontecimientos del año, se escribían sobre hojas de madera blanqueadas con albayalde, que se llamaban "álbum" (blanco). Estos anales cesaron hacia el año 633 de Roma (120) antes de J. C.), pero el uso del álbum se conservó largo tiempo aun, puesto que las leyes del Código de Teodosio estaban también escritas en madera barnizada de albayalde. Por causa de esto, y por una analogía natural, se dió el nombre de "álbum" a todo registro, ya público, ya particular. En nuestros días se designa con este nombre un cuaderno o libro, cuyas páginas en blanco están preparadas para recibir lo que en ellas se quiera trazar; dibujo, música, prosa o verso y por extensión, se dice álbumes de sellos, de estampas, de postales, de fotografías, etc.

* * *

Acababa de prenderse a Booth, l asesino de Lincoln, presidente de los Estados Unidos.

Un extranjero se dirigió al café que estaba frente al teatro, y del que salió Booth para cometer el crimen después de beberse algunos vasos de "brandy".

He aquí el diálogo que se entabló entre el extranjero, y el amo del café:

—¡Conserva Vd. todavía la botella de que bebió Booth la noche del asesinato?

—Si, señor.

—¿Y el mismo aguardiente?

—Si, señor.

—¿Podré yo beber del mismo líquido y de la misma botella?

—Si, señor.

—Pues venga.

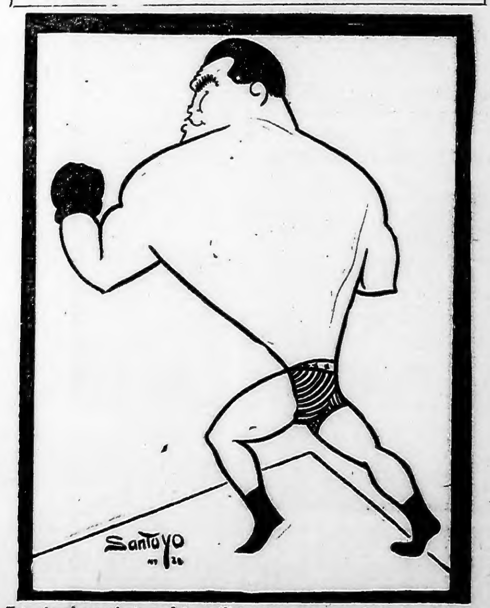
El extranjero bebió del mismo "brandy", y después de gesticular, exclamó:

—¿Es el mismo aguardiente que bebió Booth?

—Si, señor; yo se lo garantizo.

—Pues mire Vd., no me extraña que Booth haya asesinado al presidente Lincoln, porque no he hecho más que probarlo, y me atrevo a asesinar a mi abuela.

UZKUDUN EN LOS ESTADOS UNIDOS



Esta singular caricatura del pugilista que, vasco y todo, no logró medirse con Firpo, es obra de Santoyo, dibujante latino que reside en Nueva York, y ha sido dada a la publicidad al firmar Paulino su contrato con Tex Rickard, el magnate del box.

GANESE Vd. UNA LIBRA ESTERLINA



Semanalmente se publican en esta página seis instantáneas de hombres y mujeres, con el rostro cubierto. Los que crean reconocerse, deben venir a CRITICA, y el primero que efectivamente resulte fotografiado, recibirá un argentino de premio.

UN GRAN ESCENOGRAFO: ENRIQUE PRAMPOLINI

COMO definir en breves trazos el temperamento de este artista y encerrar en pocos períodos el carácter de sus diversas manifestaciones?

Las definiciones breves son, con justa razón, afortunadas si son adecuadamente claras, pero donde resultan oscuras y genéricas se convierten en una fuente inevitable de errores. Este segundo caso es de excluirse sin miramientos en cuanto se refiere a Enrique Prampolini.

El pintor, escultor y escenógrafo romano, después de Marinetti, es una de las columnas más potentes del templo futurista.

Prampolini es un hombre activísimo, agitador y polemista, fundador y director de la importante revista "Noi", desde donde defiende y divulga las ideas, los ideales y las obras avanzadas; es un hombre movedizo, y no obstante su acentuada cojera, corre todo el día; él está en todas partes, es el Dios del futurismo y da garrotazos a derecha e izquierda, no sólo desde las columnas de "L'Impero" sino también con su formidable y temible bastón.

Pocos artistas pueden jactarse de haber tenido un desenvolvimiento tan gradual como el suyo.

Se advierte en seguida la coherencia, se diría casi, la solidaridad de los diversos momentos de su arte entre ellos.

Obedeciendo al mágico impulso de la máquina ha realizado una nueva concepción estética del sujeto: "la construcción de una arquitectura espacial".

Prampolini construye su pintura — dice él — según una visión revolucionaria de la forma y de la plástica, el nuevo arabesco sintético que está destinado a echar las bases de una estética moderna - mecánica constructiva, completamente renovada.

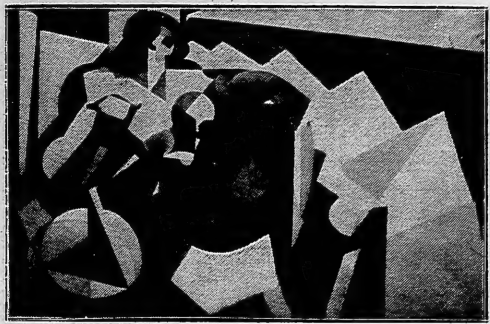
Prampolini vuelca toda teoría pasadista para edificar una nueva, exacta y brillante como un engranaje de acero: desentrañando el contenido interior, transformada y modificada la visión prospéctica del sujeto, resultando un organismo nuevo, donde la plástica está obtenida por la variedad de las tonalidades cromáticas, el dinamismo del juego de las formas y de las luces y el equilibrio de la realización total de los espacios.



PRAMPOLINI: "Individualidad mecánica"

Su deformación, que es todo lo contrario del instinto emotivo muy variable de la teoría impresionista, está simplemente regulada por un "modelo de fábrica", preexistente, determinado por sobreposiciones de planos, líneas onduladas, formas geométricas y ritmos, terminando en una fusión orgánica en donde la línea, el color y el volumen viven por sí solos en un juego pictórico continuamente variado, libre en el espacio de toda condición extra - material.

El principio sobre el cual está basada la pintura de Prampolini, es la reconstrucción formal del sujeto considerado bajo el aspecto dinámico espacial cromático (luz); constructivo (arquitectura de volúmenes).



PRA MPOLINI: "Arquitectura famon il"

Especialmente en sus paisajes, Prampolini revela una sensibilidad arquitectónica aguda, que, si bien se resiente de la influencia del cubismo, subsiste futurista en el movimiento: fusión arquitectónica de los volúmenes espaciales con el paisaje, determinación pronunciada de un ritmo que dispone casi musicalmente el dinamismo de las masas; profundidad obtenida mediante la variada densidad de los tonos.

El elemento que prevalece y que dá más interés a la pintura moderna, es el sentido arquitectónico que domina la forma, el color y el espacio, cualidades éstas siempre presentes en la obra del artista que nos ocupa.

Enrique Prampolini es ante todo un gran escenógrafo, el verdadero y completo escenógrafo, y es en la escenografía donde ha encontrado campo libre para el desarrollo de su rica imaginación, donde ha impuesto su brillante personalidad y donde ha triunfado; precisamente por la escenografía se le conoce en todo el mundo.

"El mérito de Enrique Prampolini — dice el agudo crítico Gino Gori — resulta sobre todo, por haber abolido la escena pintada. La representación de Matoun y Tevihar de Birot, fué un triunfo de aquel principio que Prampolini anhelaba desde hacía varios años. La escena pintada es en realidad una función grosera que pretende hacer suscitar una emoción que casi siempre fracasa. Nadie cree percibir montañas y lagos en el telón donde un escenógrafo apresurado ha pintado estos espectáculos naturales.

La escena, entonces, no es más un fondo pintado, pero sí una "arquitectura móvil". Aquí está toda la frescura y profundidad de la renovación iniciada en Italia por Prampolini.

Aquella arquitectura no estática sino dinámica es una aspiración a la cual se dirigen los profesionales del arte específico.

Cada una de estas arquitecturas, para ser sugestiva en su movilidad o animación viviente (todo vive no obstante el error popular, que viven solamente los seres organizados) debe ser dominada por una emoción cromática. El problema del color, Prampolini lo ha resuelto así genialmente. Quitando la pintura, parecía que la escena debería quedar monocorde. Pero el conocimiento del teatro moderno ha adquirido la luz, ha permitido sustituir al color muerto, el color vivo, al color inmóvil, el color que sigue la vicisitud del drama de los personajes y del drama de las arquitecturas de la escena.

El escenógrafo verdadero es aquel que ve con un solo golpe de ojo el panorama entero de la escena. No se comprende cómo el teatro ha podido proseguir por los siglos cuando un pintor hacía las escenas, un modisto se ocupaba de los trajes, un maquinista de los efectos. Tres direcciones, tres gustos y tres actividades que a menudo no han ido de acuerdo por razones obvias. Ahora el escenógrafo verdadero y completo es aquel que reasume en sí la actividad del maquinista, del modisto y del decorador. No se pueden preparar las tres artes y las tres manifestaciones sin dañar el efecto".

¿Y la escenografía futurista, cómo se desarrollará en el porvenir ?

"Es necesario — dice Prampolini — dar nuevas sensaciones de color, de voz, de mímica y de ritmo. No olvidemos que una de las razones del mal que adolece el teatro es la crisis de la interpretación.

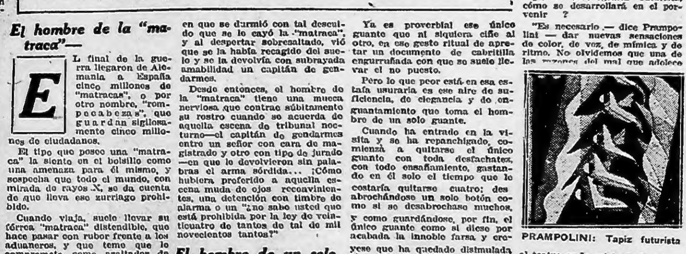
PRAMPOLINI: Tapiz futurista

"Hay que dar alma al ambiente, creando atmósferas que vengan proyectadas sobre los planos plásticos y que determinen el espacio espiritual de cada momento y de cada acción escénica. La acción escénica se debería desarrollar en el centro del teatro: una especie de colina, donde cada acción, cada ritmo, cada movimiento, debería ser recogido en su totalidad".

Esta concepción Prampolini la expuso en Viena (1924) en la última exposición escenográfica internacional, donde interesó vivamente no sólo al público y a la crítica, como también a los técnicos del teatro.

En la última exposición internacional de artes decorativas de París correspondió a Enrique Prampolini el "Gran Prix Mundial del Teatro".

Emilio Pettorutti



TIPOS, por Ramón Gómez de la Sema

El hombre de la "matraca"—



EL final de la guerra llegaron de Alemania a España cinco millones de "matracas", o por otro nombre, "rompecabezas", que guardan sigilosamente cinco millones de ciudadanos.

El tipo que posee una "matraca" la siente en el bolsillo como una amenaza para él mismo, y sospecha que todo el mundo, con mirada de rayos X, se da cuenta de que lleva ese zurriago prohibido.

Cuando viaja, suele llevar su férrea "matraca" distendible, que hace pasar con rubor frente a los aduaneros, y que teme que lo comprometa como asaltador de trenes, en vez de defenderle del asaltante.

No olvidará nunca aquel viaje en que se durmió con tal descuido que se le cayó la "matraca", y al despertar sobresaltado, vió que se la había recogido del suelo y se la devolvía con subrayada amabilidad un capitán de gendarmes.

Desde entonces, el hombre de la "matraca" tiene una mueca nerviosa que contrae súbitamente su rostro cuando se acuerda de aquella escena de tribunal nocturno—el capitán de gendarmes entre un señor con cara de magistrado y otro con tipo de jurado—en que le devolvieron sin palabras el arma sórdida... ¡Cómo hubiera preferido a aquella escena muda de ojos reconvinientes, una detención con timbre de alarma o un "¿no sabe usted que está prohibida por la ley de veinticuatro de tantos de tal de mil novecientos tantos?"

El hombre de un solo guante—

Aquel hombre de la perilla me dió el pego de los guantes hasta que le observé bien. Probablemente, un noventa y siete por ciento de la población flotante sufre el timo de los perdigones, que va dando a todo el mundo el tío del único guante.

Se trata no de un criminal nato; pero sí de un usurero nato. Perdió hace mucho tiempo, o se le rompió, o se le quemó el guante de la mano izquierda; y como no estaba dispuesto a comprarse más que un par de guantes en toda su vida, se decidió a usar un solo guante, con aire de llevar el otro guardado, como si le estorbase o le dejase sin respiración manual el llevar los dos puestos, o porque se lo ha quitado para fumar.

Ya es proverbial ese único guante que ni siquiera ciñe al otro, en ese gesto ritual de apretar un documento de cabritilla engurruñada con que se suele llevar el no puesto.

Pero lo que peor está en esa estafa usuraria es ese aire de suficiencia, de elegancia y de enguantamiento que toma el hombre de un solo guante.

Cuando ha entrado en la visita y se ha repanchigado, comienza a quitarse el único guante con toda desfachatez, con todo ensañamiento, gastando en él solo el tiempo que le costaría quitarse cuatro; desabrochándose un solo botón como si se desabrochase muchos, y como guardándose, por fin, el único guante como si diese por acabada la innoble farsa y creyese que ha quedado disimulada plenamente y nos hemos tragado el embuste. ¡Valiente sinvergüenza!

El Sol tiene un un diámetro de unas 288.733 leguas. Gira alrededor de su eje como la Tierra. Es fuente de calor y luz y el principio vivífico de todos los seres organizados.

La Tierra, planeta que habitamos y tercero en nuestro sistema planetario, tiene un diámetro de unas 2667 leguar y está a unas 38.000.000 de leguas distante del sol. Gira sobre su propio eje en 24 horas y alrededor del sol en 365 y 1|4 días.

Además de los planetas, giran en torno al Sol, entre las órbitas de Marte y Júpiter, centenares de cuerpos celestes, cuyas dimensiones varían entre 4 y 700 kilómetros de diámetros. Los mayores son: Ceres, Palas Juno y Vesta.

La luz que recorre 300. mil kms. por segundo, tarda 8 minutos en llegar del Sol a la Tierra. El sonido a razón de 340 metros por segundo, tardaría unos 14 años, y un tren, a 8[illegible] kms. por hora, demoraría 337 años.



El imperialismo en acción

(De "El Mundo", La Habana)

El Misterio del Pozo Amargo (Continuación)

cristiano salta las tapias del jardín de tu casa, internándose en las umbrías del parque abrazado a una blanca sombra de mujer que le está esperando. Los que los espiaron oyeron el murmurio de sus frases de amor encendidas, y allá poco antes de que la luz de amanecer rompa las sombras encantadas de la noche, el seductor vuelve a saltar la tapia, dejando a su dama en las habitaciones de tu casa...

—Gracias, mil gracias, mi querido Salomón; aunque mucho me has herido en el corazón, te guardaré gratitud eterna por tu revelación. Déjame ahora, querido amigo, a solas con mi dolor y con mi vergüenza, y mañana quizá conocerás la resolución que he tomado.

III

La noche de aquel día de leyenda cayó sobre la imperial ciudad, cubierta por negras y espesas nubes, una medrosa noche propicia a todos los horrores en aquella parte de la ciudad, desierta a los pocos instantes en que el almuédano cantaba su dulzona canción monorrítmica.

El viento que allá abajo traía los rumores del río, escurriéndose entre las frondas del jardín del judío, hacía más medrosa aún aquella noche.

Dadas las doce de la noche, vióse avanzando levísimamente por los paseos solitarios del jardín la figura apuesta de un galán. Casi al propio tiempo, de la espesura que rodeaba el pequeño pabellón en donde se daban cita los amantes avanzó, arrastrándose, otra sombra, que fué a esconderse detrás del brocal de piedra, muy alto, de un pozo situado frente al pabellón. Esta sombra, allí agazapada, era Rubén el judío, que esperaba al caballero cristiano para echarse sobre él arteramente. El galán esperó algunos minutos, y cuando vió la sombra blanca de su amada que venía a él, avanzó algunos pasos, colocándose apoyado dando la espalda al pozo, en el brocal de piedra de él. Entonces, rápido como un rayo, el viejo saltó sobre el capitán castellano y, a traición y por la espalda, le hundió el puñal, viéndose sólo de esta terrible escena, en medio de las negruras de la noche, el destello vivo y fugaz de la hoja del puñal del asesino y un débil quejido del caballero, al propio tiempo que caía pesadamente junto al brocal de piedra.

Ester, que veloz acudía con los brazos abiertos para jurar nuevas protestas de amor a su caballero, al llegar a aquel pozo vió el cadáver en medio de un charco de sangre, y en el cuerpo del amado, al que estaba estrechamente abrazada, reconoció el puñal de su padre.

El viejo israelita quiso separar a su hija del odiado guerrero cristiano; pero con sorpresa vió de pronto que aquélla se levantaba sonriente y marchaba por el jardín, y en medio de sus negruras, cantando una vieja melodía oriental. Con espanto se percató de que Ester ¡se había vuelto loca!

Al día siguiente todo cambió en aquella mansión espléndida. El viejo judío, reclamado por los justicias del valí toledano, fué encerrado en una mazmorra del palacio árabe que había en donde hoy está el Alcázar imperial.

A la pobre y desventurada Ester no hubo fuerzas humanas de sacarla de aquella casa. Todos los días, al caer de las tardes, tristísimas en aquel parque abandonado, Ester salía cantando de su estancia, sin que la vieja esclava que la cuidaba pudiera evitarlo, y, arrodillada y de bruces en el brocal del pozo, se pasaba la noche creyendo ver retratado en las aguas del fondo el rostro del amado. Con él conversaba, y dulcemente le solía reprochar desvíos e imaginarios olvidos. Casi todas las noches, la blanca niña lloraba a raudales sobre el pozo. Al mezclarse las aguas aquellas con el llanto de la desventurada Ester, volviéronse amargas como hieles; y así, siglo tras siglo, ya destruída aquella posesión, sólo quedó allí el pozo amargo, y flotando en aquellos lugares, la triste historia de los amores de Ester.

De generación en generación se ha ido transmitiendo esta leyenda entre los viejos toledanos. De boca de uno de ellos la oímos, y con más o menos detalles también hubimos de leerla en antiguos y venerables libros de la ciudad. Tomamos en la memoria esta historia amatoria, y hoy la contamos con nuestro estilo para solaz de las pocas almas que aun creen en estos sueños de romanticismo y de leyenda.

Federico Leal.

Ben Tai, Contrabandista de Opio, (Conclusión)

Tai. Lo mejor es subir a ella, terminar nuestro negocio y correr finalmente hacia nuestra barcaza. ¿No te parece? Todo, menos dejar posibles huellas desde casa a la tienda de Ben Tai.

Como no era noche de sábado y casi todo el poblado chino trabajaba en sus huertas desde el amanecer hasta la puesta del sol, a aquellas altas horas de la noche todo parecía muerto o dormido en el barrio indígena. Sin dificultad ninguna, encontró Fargo la fachada de la tienda de Ben Tai y descubrió en ella la ventana fronteriza al río. La calle aparecía desierta. Apenas si lucía una luz mortecina allá lejos, en el barrio americano. Mientras Rosa estaba al cuidado, Frank examinaba el contorno.

Sonó un débil chasquido. Volvió Rosa la cabeza y vió a Fargo, un cuchillo en la diestra, depositando en el suelo un cristal de la ventana. Después introdujo un brazo, hizo girar la falleba y musitó:

—Todo a pedir de boca...

Saltó adentro, se volvió y dió una mano a su compañera.

* * *

El pequeño haz de luz de la linterna de Fargo dió una vuelta completa a la reducida estancia. El bandido tenía bien tomados sus informes. Conocía perfectamente la disposición de la casa y estaba plenamente seguro de que Ben Tai vivía solo. La ventana, por que se había introducido abríase a la izquierda de la puerta de entrada. Cerca de la ventana se alzaba el sillón de bambú de Ben Tai y, colgadas de las paredes, sus numerosas pipas de opio. La mayor parte de las paredes estaban cubiertas de estanterías y, en sus paños, todos los artículos de su comercio. A un lado abríase la puerta que conducía al dormitorio del tendero.

Del techo pendía una lámpara de aceite. En un extremo del mostrador había otra lámpara portátil. Fargo se dirigió a ésta, halló junto a ella una caja de cerillas y la encendió.

Se volvió hacia su compañera. Vió su rostro cubierto de gotas de agua y de sudor. Su traje, habitualmente de una limpieza inmaculada, aparecía arrugado y manchado de lodo. Y al resplandor amarillento de la lámpara de aceite, sus ojos azules brillaban con extrañas fulguraciones verdosas.

De pronto, Fargo se estremeció violentamente, de pies a cabeza.

—¿Qué te pasa, Frank? No te inquietes. Tenemos toda la noche por delante.

—No sé qué tengo... Debo de ser frío... En fin, hay que entrar en la alcoba de Ben Tai.

Avanzó Fargo hacia la puerta del dormitorio y, sin saber por qué, se detuvo un momento contemplándola. Antes de echar mano al pestillo, otro estremecimiento le hizo vibrar como una hoja acerada, y esta vez bien comprendió que no era de frío. Aguzó el oído... Nada.. Solamente el gotear de la lluvia sobre el bajo techo.

—¡Vamos, Frank! — exclamó Rosa, sin poder ya contener su impaciencia.

Sacó Fargo su pistola, puso su mano en la blanca perilla y empezó a hacerla girar lenta y silenciosamente... La puerta no estaba cerrada con llave. Para vencer su inconcebible pánico, juzgando preferible decidirse en un instante, de un fuerte empellón abrió la puerta de par en par.

—¡Ah! ¡Dios santo! — exclamaron ambos a la vez.

En la estancia, precisamente a la puerta, sobre cuatro escabeles negros, surgió la visión macabra de un ataúd vacío. En sus cuatro ángulos se erguían sendas lámparas de aceite. En el muro fronterizo, un poco inclinada sobre él, alzábase la tapa del ataúd, en una verticalidad repelente. Adherida a su centro, destacábase un cartel blanco con unas palabras escritas...

Cada vez se hacía más angustioso el silencio. Implacable, la lluvia seguía resonando como si cayera sobre una tumba.

Rosa se aferró a un brazo de su amante:

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí, o aquí mismo caeré muerta!

Frank Fargo, como hipnotizado por la visión del ataúd y su acusación espantosa, no podía retirar la mirada del macabro mensaje de Ben Tai, que colgaba de la tapa inclinada contra el muro.

Las palabras acusadoras fijábanse en su cerebro, como grabadas en él con un hierro incandescente...

"Este ataúd encerrará el cuerpo de Yick Sing, que me traicionó, y fué asesinado la noche del 10 de mayo por Frank Fargo y Rosa Stonson".

Al volverse los amantes para ganar la puerta, cerrábanle el paso un agente de policía y dos toscos huertanos indígenas a sus órdenes.

* * *

En su silbante dialecto de Cantón hablaba Ben Tai a su criado:

—Ah Gim: el hombre blanco y la mujer blanca fueron detenidos anoche. ¿Qué se dice por ahí?

Parpadearon los inquietos ojillos negros de Ah Gim, el cual, después de una profunda reverencia, como para aplastarse la cabeza contra el suelo, explicó a su amo:

—Sé cosas, mi amo. Los bandidos no han querido declarar. Pero Moroney, el alguacil, ha sabido por otras personas toda la verdad de lo ocurrido.

Según Moroney, los bandidos compraban opio a Yick Sing; Yick Sing les vendía el opio que a él le traía el vapor de la noche y los presos llegaron a odiarle, porque Yick Sing los engañaba y timaba como a chinitos. Entonces decidieron acabar con él, robar luego a usted, mi amo, y salir del pueblo para siempre. Efectivamente, anoche mataron a Yick Sing a la orilla del río, le quitaron el opio que acababa de traerle el buque y se vinieron para su tienda de usted, mi amo, en donde Moroney se hizo con ellos como con dos gatos frioleros. Nadie, nadie, sospecha que era usted el que recibía todas las semanas el paquetito de opio, y que anoche, fingiéndose usted malo, encargara a Yick Sing de ir por el paquete a la orillita del río.

—¡Hale! ¡Hale! Y el cuerpo de Yick Sing, ¿lo han encontrado?

—Sí.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Un pescador.

—¿En dónde?

—En un banco de arena. Estaba la marea muy baja...

—¿No sabes más?

—Sí, mi amo. Sé... que no sabe nadie que usted vió como disparaba el hombre blanco contra Yick Sing, ni que fuí yo quien escribí el cartelillo de la tapa del ataúd y quien estaba escondido detrás de ella para que el cartelito desapareciera en cuanto entrara el alguacil, ni que los doce botes de opio que yo arrojé en un paquete a Yick Sing desde el buque, en vez de opio, no contenían más que tierrecita mojada...

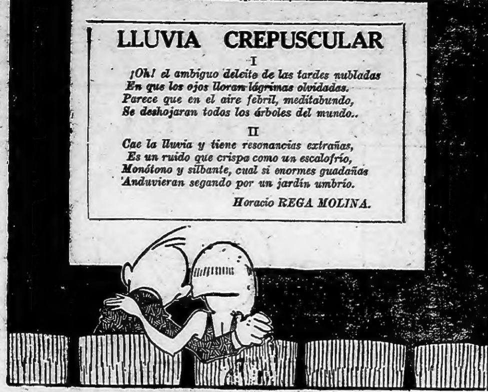
—Hale! Hale! Hale! ¡Largo de aquí! ¡A tus quehaceres!

* * *

Aquella tarde, cuando Ben Tai, desde la ventana de su "Emporio Oriental", vió al hombre blanco y a la mujer blanca, conducidos por la policía, dirigirse hacia el lugar del crimen para reconstruir el suceso, no hizo el buen tendero, otra cosa que alzar perezosamente los párpados de sus ojos oblícuos, llenar su larga y caprichosa pipa, y hundirse, otra vez, en sus apacibles meditaciones.

Lemuel de Bra

ACTUALIDADES DEL MUNDO LITERARIO



Pedro Juan Vignalo y César Tiempo, han organizado definitivamente su "Exposición de la actual poesía argentina" cuyos primeros pliegos están ya impresos.

La antología consta de dos partes, la segunda de ellas consagrada de los poetas noveles que aún no han publicado en volumen sus producciones.

Se publica, en la "Exposición" de Vignalo y Tiempo, una caricatura de cada autor con su correspondiente autobiografía. Se ha dejado librado así al criterio de cada uno el relato de las minucias e inquietudes de su diario vivir.

"La exposición de la poesía argentina" llamará la atención y se impondrá porque está hecha con inteligencia y buen criterio artístico.

* * *

Mario Rodríguez es el nombre de un joven escritor brasileño que acaba de iniciarse brillantemente en las letras de su país con el bello libro "Bromas". Mario Rodríguez, invita a los escritores jóvenes argentinos a colaborar, en las páginas literarias del diario carioca "A Manha" que dirige.

* * *

Ha aparecido otro número de "Nativa", baluarte del criollismo, en cuyas páginas alienta y mantiene la tradición nacional. "Nativa" trae los resultados de un concurso literario recientemente efectuado por una asociación cultural, habiéndole correspondido el primer premio a don Edmundo Montagne. Como siem-



pre, "Nativa" ofrece un interesante caudal de lectura.

* * *

El joven poeta Ismael Moya prepara un tomo de versos en que canta la emoción infantil de la escuela y la maestra de primeros grados. Más adelante daremos detalles de este libro, al que denominará "Canciones de mi escuelita".

De la "Exposición de la poesía argentina"— Córdova Iturburu (1899

Buenos Aires y la provincia de Entre Ríos se disputan la satisfacción, nada mediocre, de mi nacimiento. No creo, sin embargo, llegada la hora de iluminar este problema. No se ha discutido bastante todavía. Ni es, por otra parte, tarea que me pertenezca ya que más correspondo al campo de la erudición literaria que al de la poesía pura.

Publiqué mi primer libro, "El Arbol, el Pájaro y la Fuente", en 1923, a los 24 años de edad. Y acaba de aparecer "La Danza de la Luna", después del cual publicaré otro más: "La Ciudad de los Anuncios Luminosos".

A riesgo de desencantar el romanticismo de algunos de mis lectores declaro que no creo en el sacerdocio del arte. Pienso, en cambio, que imaginar poemas y pulirlos y mejorarlos con escrupuloso cariño es la más agradable tortura en que puede reposar sus horas un hombre honrado y perezoso.

* * *

Una frase de Jorge Luis Borges: "Ernesto Mario Barreda batió el record de permanencia fuera de la poesía".

En esta semana será puesto en venta el No. 11 de la revista "Inicial", con el siguiente sumario:

De Redacción: Civilización y Barbarie — Saludo a Córdoba — La Resurrección de Herrerita —

* * *

Arturo Cancela, el humorista de los "Tres relatos porteños", le regalará un nuevo éxito a su editor M. Gleizer, con los "Coloquios de Mr. Landormy", que publicará este año.

* * *

Con el pie de imprenta de "El Ateneo" Florida 371, apareció: "Anforas Sonoras", libro de poesías de Juan A. P. Pintos.

* * *

Consideraciones sobre la crítica literaria argentina—

El poeta Luis L. Franco, en un artículo bibliográfico publicado en el último número de "Martín Fierro", hace estas interesantes declaraciones sobre la actual crítica literaria argentina; declaraciones que no tienen desperdicio. Valen ellas porque traducen el profundo rencor de la nueva generación, al verse desconsiderada por la crítica oficial que niega todo apoyo a la formidable obra de renovación estética y de revisión de valores en que está empeñada la juventud, malgrado la resistencia de los últimos fósiles atrincherados en secas revistas de sociología e hispanoamericanismo, o en el acartonado reducto de la sección bibliográfica de los grandes rotativos, estrechada amablemente en amena hermandad, con el criterio ganadero de su boletín bursátil.

He aquí lo que dice Franco:

"La característica prócer de la crítica nacional es su generosidad incontenible como una diarrea. Lea Vd. en los diarios o las revistas de tupida clientela la página titulada "Bibliografía" o algo equivalente. ¡Qué cátedra de repartir bendiciones! Los libros de versos, muy en particular merecen toda la benevolencia vegetariana del crítico, que es muchas veces un poeta abortado o tronado. La salsa no varía: ese poeta prime... tiene, como es natural, sus defectillos; se resiente quizá de algún dejo de imitación, pero, eso sí, es un verdadero poeta un poeta y qué esperanza, que promesa para nuestra benemérita literatura nacional: o este libro de rimas es el décimo cuarto de su autor que publica dos o tres por año y entonces, ya se sabe: acusa un indiscutible progreso sobre los anteriores y coloca a su autor entre los primeros poetas de la fauna poética de América, y ¿por qué no? de la lengua de Zorrilla y de Zorrilla de San Martín... Cuando alguna excepción se produce hay que sospechar que lo es en favor del poeta que ha dejado de traslucir cierta personalidad en sus versos: entonces, o le hacen dos o tres chistes filisteos o lo protegen con algún con sejillo de padres de confesión. Todo lo cual es aún cuatro veces más aceptable que el elogio de esos sobones, tan poco halagüeno como una preferencia de mala mujer. Mejor no ser notado que confundido decía Confucio, que a pesar de sus ojitos oblicuos miraba derecho.

No es que sea de mi gusto un emperramiento sistemático, — agravado de senilidad en el caso — a lo Groussac, pero de veras que es cosa de sacristanes esa efusión turiferaria — peor cuando ni el interés lo justifica — que aqueja aún a los jóvenes y aun a los mejores.

Es preciso denunciar otra bellaquería bien disfrazada: la del maestro que clarinea en megáfono la alabanza de los que con mayor o menor razón considera sus discípulos: se trata de un auto-bombo por rebote. Ya lo veremos en efecto excomulgar pontificalmente todo conato literario que no tenga atigencia con "lo bello estile che l'ha fatto onore".

Gente terrible estos críticos dogmáticos. No importa que digan esto es o me parece que es: en el fondo resuellan siempre la misma suficiencia oracular. "Sí —conceden con generosidad encantadora— yo soy el primero en reconocer la libertad de acción de cada artista... pero vea, que quiere que le diga, lo que no está de acuerdo con mi estética es un mamarracho". Y luego, de una comparación más o menos sobada y más o menos novedosa hacen un argumento apabullante. Perla retórico-sofística. Y ya en un derroche de fuerza blanden la razón histórica, como si la historia y sobre todo la historia literaria enseñara algo más claro que esa infalible ceguera de una generación para la generación que le sucede."



Autobiografía de la Exposición de la actual poesía argentina de Pedro Juan Vignale e Israel Zeitklin

Señores

Directores de la Antología:

No les mando mis datos biográficos, porque nada se parece tanto a un prontuario, como esa nota que luego hagan ustedes con ellos. Los hechos de la vida de un artista tienen tan poco significado para los demás, que es inútil colgárselos a la espalda como una acusación. Sería interesante una biografía subjetiva, pero saldría demasiado larga. Muchos volúmenes de vida interior. ¿Serían capaces ustedes de leer un engendro incubado entre Proust y Freud? No; no les creo capaces, como que seguramente no se han animado todavía, igual que yo, a escribir su diario íntimo, la más antipática y falsa de las especies literarias felizmente próxima a extinguirse.

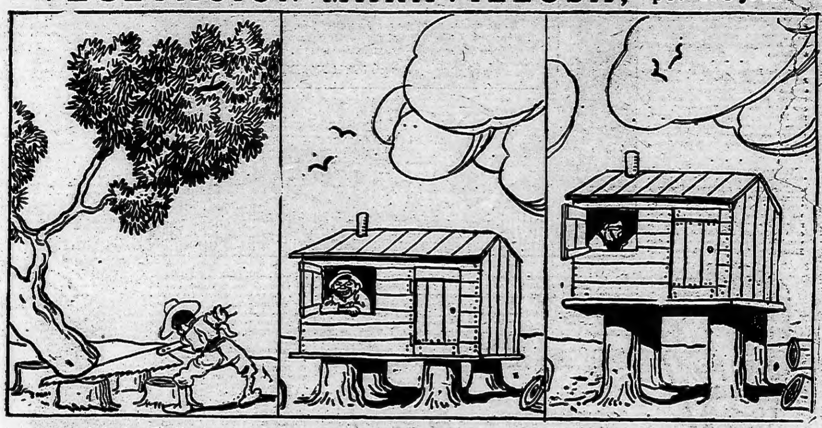
Además la crítica se hace cada día más exigente, y es de hombre prevenido el destruir todo rastro de posible identificación. Pero ¿y si resulto un genio? ¡Por favor! Siempre me han inspirado una lástima enorme las estatuas. Solo de pensar que tendría que vivir algunos siglos vestido de levita verde y rodeado de unas mujeres sabias con camisones de mármol que me obligarían por compromiso a poner cara genial hasta de noche, siento deseos de destruir mis documentos de identidad y todos los retratos que les he inspirado a los fotógrafos y a sus máquinas.

Brandan CARAFFA.

UN DIARIO GRANDE EN DIA DE VIENTO



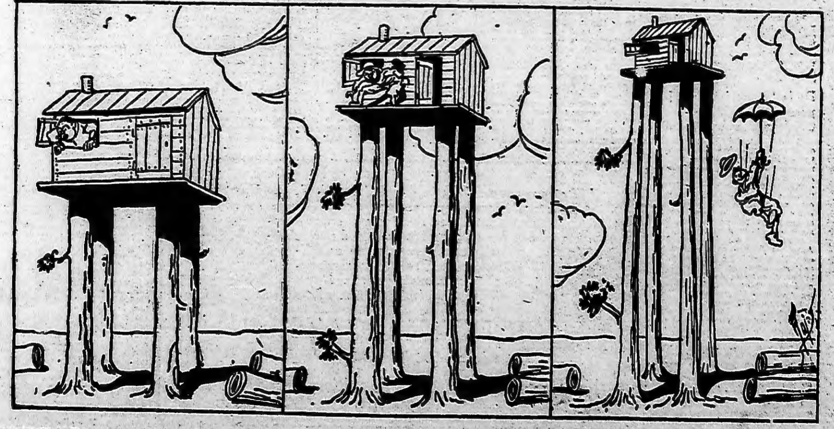
VEGETACION MARAVILLOSA, por ROJAS



Juan Cerropedrero filatélico famoso, taló los troncos de cuatro árboles seculares para construir su casa.

Sobre aquella base natural, Juan Cerropedrero levantó un soberbio edificio que lo resguardaba del ataque de las fieras.

No había contado Juan Cerropedrero con el clima tropical de aquella región cuya vegetación por efectos del calor, crecía de una manera prodigiosa.



Y así fué que Juan Cerropedrero vió que su casa se elevaba.

Pero se elevaba de una manera tan colosal y rápida

Que para bajar de ella no tuvo más remedio que recurrir a este extremo.